

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

LA CURVA DONDE QUERIAS MORIR

*Frank
Caudett*

SOLO MAYORES
DE 13 AÑOS



Telly Crawford, para servirles.

De profesión, mis investigaciones privadas.

Con domicilio social abierto al público que quiera venir a encargarme algo para ganar unos dólares en Sullivan Street, una de las calles que componen el abigarrado crucigrama urbano en South Brooklyn, a las orillas del East River y frente por frente a la Governors Island.

Con secretaria y todo. Pero de Peggy les hablo luego.



Frank Caudett

La curva donde querías morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1603

ePub r1.0

Lds 05.02.19

Título original: *La curva donde querías morir*

Frank Caudett, 1981

Cubierta: J. Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Telly Crawford, para servirles.

De profesión, mis investigaciones privadas.

Con domicilio social abierto al público que quiera venir a encargarme algo para ganar unos dólares en Sullivan Street, una de las calles que componen el abigarrado crucigrama urbano en South Brooklyn, a las orillas del East River y frente por frente a la Governors Island.

Con secretaria y todo. Pero de Peggy les hablo luego.

Yo, *in illo tempore*, había empezado a cursar estudios superiores y todo. Por lo menos iba para ingeniero, arquitecto, delineante o alguna cosa por el estilo. Menos para millonario, para cualquier cosa.

Pero mi padre, un mal día, tuvo la funesta idea de largarse a comprobar lo que había en el más allá y las cosas se torcieron. La vieja y yo teníamos que seguir viviendo, comiendo, pagando el alquiler, etc., y me tocó abandonar la Escuela Superior e incorporarme al censo de los que daban el callo para atender a los pagos que antes he enumerado.

Empecé como administrativo en un mayorista de productos farmacéuticos; pero pronto me cansé, entre otras razones, porque a finales de mes me encontraba con un sobre cuyo contenido no servía ni para cubrir los aguinaldos de Navidad.

Luego probé en un taller de reparación de automóviles, pero la mecánica se me daba fatal. Más de un cliente se acordó de mis progenitores y no para felicitarles por haber tenido la idea de integrarme en la humanidad. Así que, me pasé a la venta de electrodomésticos a domicilio. Me hinchaba de patear las calles de mi New York natal y había días que no vendía ni un mal ventilador.

Hubiera podido probar con las mujeres, que siempre se me habían dado de fábula, porque un servidor, mejorando lo presente, tiene palmito que se dice; da el pego. Buena planta, bien parecido, atlético, con unos cursos de karate y todo —mientras el viejo vivía y las cosas marchaban económicamente, me permití el lujo de ir a un gimnasio—, facilidad de palabra para liarlas... y llevarlas a la cama. Pero la idea de poner el «cazo» como un macarra cualquiera no acabó de convencerse y me olvidé de la idea.

Y la cosa empezó o había empezado porque me gustaba mucho el cine. Desde mi más tierna infancia. Y los americanos, para eso del séptimo arte, somos la leche. ¡Te sacan cada detective privado en las películas que es *demasié*! Y uno, quieras que no, se siente en seguida identificado con un tipo duro, arrollador, que reparte sopapos a manta sin despeinarse, al que nunca le tocan la cara excepto las féminas, que es inteligente y deductivo, que descubre al criminal con su talento después de arduas pesquisas y antes que el teniente de turno —que no lo puede tragar porque es más guapo y listo que él— para mayor inri de la policía y que, al final, se queda con la chica que está como el expreso Nueva York—. Chicago, pero sin raíles.

Total, que cogí un empacho de celuloide policíaco, le dije a la vieja que ya tenía la solución a nuestras penurias económicas y sacando del calcetín los cuatro cuartos que con sacrificios y privaciones guardábamos para un caso de emergencia, una enfermedad que se suele decir, porque los humanos somos así de optimistas, y liándome la manta a la cabeza me fui a por mi licencia de *private eye*.

Cuando la tuve entre los dedos lo pasé mejor y me sentí más feliz que si hubiese obtenido un orgasmo en compañía de Catherine Deneuve, esa que hizo *Belle de Jour* poniendo todo su saber artístico y lo demás, que es mucho y bien repartido, con un par de cosas por delante que tienen tratamiento de usía. En fin..., la licencia de «pesquisa», era la licencia. Yo, palabra, me sentía muy orgulloso de mí mismo.

Y me monté el tinglado, como les he dicho al principio, en el 387 de Sullivan Street, dispuesto a esperar la avalancha de clientes que tenían que acudir a mí —teóricamente— en busca de mi sapiencia investigadora para que solucionase sus difíciles

problemas.

La primera, en la frente.

Por mi oficina, si se la podía llamar así, porque un cuarto de paredes peladas a las que tuve que dar una mano de brocha con pringue de color marrón pastel, en la que justo cabía una mesa, dos sillas y un archivador de segunda mano como lo demás... a una cosa así no sé si se le puede llamar oficina; por allí, decía, no se dejaban ver ni las ratas.

La culpa la tenían las películas. Porque en ellas no se hablaba de que los detectives privados se podían morir de hambre como cualquier hijo de vecino. Claro, que hay que demostrarle al mundo, a los que no son americanos, que en casa del Tío Sam, los perros no se atan con longanizas, sino Con botellas de champán y latas de caviar... y lo hacen tan bien que acaban por enredar a los nativos de la Unión.

La espera fue larga y paciente mientras los recibos se acumulaban y uno tenía que inventarse más fábulas que Andersen para convencer a los acreedores de que estaba pasando una mala temporada, de que la crisis también afectaba al sector de los metomentodo privados y, sobre todo, de que tuviesen paciencia, porque sólo Dios sabía cuándo iban a cobrar.

Mi primer cliente lo acepté como una bendición del cielo. Era un tío gordo con cara de tocino, papada adiposa, cuerpo de morcilla y ojos lascivos qué a mí se me antojó como una copia exacta de Richard Burton. No le di un abrazo y le dije que era guapísimo porque me hubiera tomado por marica y de eso nada..., que ya les he dicho que las hembras se me dan de maravilla.

Cuando me dijo a lo que venía se me descompuso el vientre. Había perdido una pitillera de oro que le regaló en su día la primera novia que tuvo..., ¡aquel amasijo de carne con ojos había tenido hasta novia!, y yo, debía recuperar costara lo que costase tan sentimental recuerdo.

Total, que me había convertido en un funcionario de la oficina de objetos perdidos.

Es obvio que de la pitillera nunca más se supo. Lo de la aguja en el pajar era puro cachondeo al lado de buscar una pitillera entre cerca de catorce millones de habitantes. No le dije que la buscara su padre, pero lo pensé.

Me pagó veinticinco dólares por la molestia y por unas pesquisas que nunca realicé..., y a seguir esperando.

También me visitó la clásica menopáusica que tiene un perro que se llama «Chuchi», que le hace mucha compañía y ve a saber si alguna cosa más porque esa clase de perros acostumbran a tener la lengua muy larga; «Chuchi» ha desaparecido porque una perra del barrio está en celo... Me dieron ganas de mandarla a la mierda, pero opté —no tenía otra alternativa— por ganarme, o cobrarle al menos, veinticinco dólares más.

Después, paulatinamente, empezó el desfile de los admiradores de Carlos Gardel. Lo digo por los tangos y porque dicen que los tangos son el lamento de los cornudos. De éstos, ¡la tira! Lo del adulterio, si se sabe enfocar, da cómo una mina de oro en la California del 1865. Me avergüenza confesarlo, pero en América también hay mucho cabrón.

De los veinticinco pasé a los cien y la cosa pareció que empezaba a funcionar. Fue entonces cuando puse el anuncio en el *Herald Tribune* ofreciendo mis servicios a mis conciudadanos con un eslogan que eufemísticamente venía, en el fondo, a decir esto: «Tome precauciones, también usted puede ser mañana un cornudo más. Telly Crawford puede ayudarle a evitarlo investigando la vida y milagros de su media naranja». Siguieron viniendo los que pagaban cien.

Y consideré llegado el momento de contratar una secretaria, con la noble intención de que dado lo justo —justo de dimensiones— que era mi agujero, la muñeca en cuestión, tendría que sentarse obligatoriamente sobre mis rodillas.

Sería como un padre para ella.

Al menos, en las películas, el detective, al principio, miraba a su joven secretaria como una niña, y más adelante la utilizaba para hacer niños a lo cual, ella, que estaba locamente enamorada del guapo, atlético y varonil galán, del inteligente y perspicaz investigador, se prestaba con los ojos en blanco y con la ropa interior encima de una de las butacas... porque lo hacían en la oficina mismo.

Pero estaba claro que a mí no me salía una a derechas. Empecé a excrementarme en los de Hollywood porque no estaba nada bien que fuesen engañando a la gente crédula y de buena fe.

Peggy Wabash no quiso sentarse sobre mis rodillas, exigió una mesa con máquina de escribir, tampoco se esforzó por ver en mí a un segundo padre y lo de los ojos en blanco y los trapitos Íntimos en la butaca me lo pinté al óleo.

Peggy tenía el cabello rojizo, natural, y estaba de muerte. Además era propietaria en exclusiva de unas piernas que, según me contó, habían ganado muchos dólares anunciando una conocida marca de *pantys*. Pero tuvo que dejar la publicidad porque productores, ejecutivos y equipos de filmación en peso, se interesaban por llegar a la confluencia de ambas piernas. Y eso, no iba con ella. Al menos, si no había amor de por medio.

Lo del vestuario de mi pelirroja secretaria era harina de otro costal. Los jerseys, en particular, eran punto y aparte. Se los debía encajar con calzador. Una auténtica efemérides en la historia del cómo ceñirse y seguir viviendo sin morir de asfixia. Y claro..., se ponían en evidencia, se recortaban en plan sugestivo, parecía que se disparaban hacia adelante como dos catapultas del medievo aquel par de agrestes cordilleras que convertían la del Himalaya en puro juego de niños.

Alguna qué otra vez me hice con un equipo de alpinista con el loable y deportivo intento de iniciar la escalada..., pero no recuerdo exactamente lo que me dijo de mi madre, algo así como que hiciera pruebas con ella; o sea, que no.

Pero Peggy seguía estando de escándalo y vistiendo de escándalo. Lo de los escotes renunció a explicárselo para no ponerles malo el cuerpo. Cada vez que la miraba, el esqueleto me pedía juerga, pero sus ojos grandes y azulados, transparentes como las aguas del lago que, como en la canción, «un día me miré», continuaban respondiéndome que me comprase un mono y me hiciera fotografiar.

Un día le dije que las chicas siempre habían respondido a mis atributos varoniles y quedado encantadas con el trato amable que yo sabía darles..., pero lo tomó como una fanfarronada machista persistiendo en sus negativas.

Total, que acabé aceptándolo profesionalmente: como mi secretaria, única y exclusivamente como mi secretaria... que era.

Y seguían desfilando los del billete de cien.

Pero desmoralizado a buen seguro por lo del fracaso con Peggy,

el investigar cada día lo mismo se me hizo monótono y aburrido. No me sentía realizado como detective y mucho menos como jefe de la pelirroja.

Yo, lo mismo que los alquimistas persiguen la piedra filosofal, el utópico alkahest que les permita transmutar en oro los metales viles, esperaba, como los judíos, el maná, aquel caso difícil, intrigante, enigmático, aquel laberinto sin salida al que encontrar la puerta, aquel rompecabezas gigantesco al que poner en su justo sitio la pieza definitiva; total, esperaba al cliente que me plantease la investigación de mi vida, la que me diera opción a probar y demostrar mi valía, la auténtica talla del detective hábil e inteligente que estaba seguro había dentro de mí.

Pero eso, como para Adán el fruto del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, me continuaba resultando prohibitivo.

Y Peggy, más prohibitiva todavía.

Con el tiempo empecé a hacerme a la idea de que las cosas eran así, de que las películas eran las películas y la realidad una cosa muy distinta, que era importante tener los pies bien asentados en el suelo, aceptar lo que la vida y el destino mala o buenamente le ofrecían a uno, ser conscientes de las propias limitaciones... y conformarse con los que dejaban cien dólares encima de la mesa.

Total, que me deshice de sueños y fantasías.

Descarté de modo definitivo aquel caso extraordinario que me había de proyectar a la cabeza de las listas de fisgones privados, como sucedía con los cantantes y la venta de discos, y también renuncié a la idea de que Peggy algún día dejase algún trapito sobre el inexistente sofá.

Hechas todas estas composiciones de lugar me enfrenté a la vida aceptándola bajo el prisma de realidad en que se me ofrecía, apartando los sueños peliculeros que tantas y tan vanas esperanzas de gloria me habían hecho concebir.

Yo era un tío normal y corriente como otros muchos miles de tíos que pateaban las calles de la ciudad, y así tenía que vivir.

Lo demás, era pura fantasía.

Y mira por dónde, ¡las cosas son así!, cuando ya había bajado del pedestal y usaba el mismo papel higiénico que cualquier neoyorkino de posición mediocre..., el caso de mis sueños tan largamente perseguido iba a estallar, sin saberlo al principio, frente

a mis ya escépticas narices.

Pero todavía lo ignoraba.

Y también ignoraba que más adelante, hasta llegaría a lamentar que aquella especie de maná detectivesco hubiera caído sobre mi.

¡Y es que nunca estamos contentos con lo que tenemos!

Ni cuando tenemos aquello que tanto hemos deseado.

La cosa empezó...

Pero, bueno, no adelantemos acontecimientos.

CAPÍTULO II

No hice más que pisar el agujero, alrededor de las nueve de la mañana como era de precepto, cuando Peggy, tan pelirroja y tan inmensa como siempre, me lo soltó:

—Ha llamado la señora Pleasence, jefe. Dice que dentro de una hora estará aquí.

Solté un taco irreproducible.

La Pleasence, que pertenecía al censo de los cien dólares, ya me tenía hinchadas las... narices.

¡Qué pesada la tía!

El suyo, era un caso como un capazo. Tenía cincuenta tacos, año arriba año abajo, y se había casado con un «cara» al que le llevaba veinticinco. La Pleasence estaba podrida de dólares y el

play-boy

se los levantaba con elegancia pegándosela con muñecas monas de cafetería, club nocturno, teatro y todas las que se le ponían a tiro.

Pero a ella, que, además de millonaria, era consentida y comprensiva, no le preocupaba que su chico guapo le pusiera la frente como la de los ciervos porque, según me había confesado..., ¡si sería masoquista la tía!, comprendía perfectamente que su Gene quisiera divertirse con chicas jóvenes que pudieran ofrecerle lo que ella ya tenía muy en desuso; lo que la preocupaba era con quién, cómo y cuándo se acostaba.

Y un servidor, en cuanto a Shelley Pleasence le daba la pájara, tenía que pegarse a las costillas del bonito Gene y extender un exhaustivo informe de las bacanales y orgías que el nene se pegaba. ¡Y montaba cada «cirio»! Porque le iban los numeritos complicados con mucho personal femenino de por medio.

Las visitas de mi amiga Shelley se fueron haciendo cada vez más

continuas y miren a qué extremos había llegado la cosa que Gene Hutton y un servidor ya éramos amigos. El mismo se encargaba de explicarme sus andanzas cuando la Pleaseance me pedía el informe de costumbre... y me las explicaba con tal realidad, con tantos pelos y señales, que a mí se me erizaban los de la nuca. Creo que en más de una ocasión la envidia estaba de por medio. Yo, luego, pasaba a las cuartillas lo que el

play-boy

me contaba y se las traspasaba a Shelley previo pago de los cien, más gastos, gastos que por cierto no habían existido.

Poco ético si ustedes quieren, lo admito. Pero hay que buscar la forma de trabajar con eficacia y comodidad, que para eso los americanos somos los reyes del *marketing* y del organigrama.

Pero eso no me dejaba satisfecho, palabra. Y en consecuencia, como creo haber dicho antes, la Pleaseance me tenía hinchadas, pero que muy hinchadas, las mismísimas... narices.

A las diez en punto de la mañana la tuve sentada en frente mío.

Tan vieja, gorda, maquillada como un *clown*, arrugada, extrovertida y parlanchina hasta la machaconería y tan podrida de dólares como siempre.

—Mi Gene ya ha vuelto a las andadas, señor Crawford.

Se me revolvían las tripas, lo juro.

—¿De veras...? ¡No me diga! Parecía que últimamente se había regenerado, ¿verdad?

Se removió, nerviosa, lo mismo que un tonel, en el fondo del asiento.

—Sí, sí, pero ya ve, señor Crawford. Es que no puede, es superior a él, señor Crawford. Cuando ve una escoba con faldas se vuelve loco, señor Crawford.

¡Me pegaba cada pasada de «señor Crauford» que acababa de retorcerme las tripas si es que me quedaba alguna por retorcer!

Una escoba con faldas, decía. Lógico. Después de ver un bidón con ellas, a diario, y tener que verlo alguna que otra noche sin... lo del cara de Gene estaba más justificado que la patada que en su día le dieron al Nixon del Watergate. Además que no eran escobas lo que el

play-boy

se llevaba a la cama, no. Eran muchachitas que estaban de lo más

sabroso que imaginarse puedan. Mono que era el chaval y con una parienta que le calentaba los bolsillos..., ¡así cualquiera!

—Se le pasará con el tiempo, señora Pleasence. Conforme pasen los años y vaya poniendo más juicio, verá cómo se regenera —dije, por decir algo.

—¡Para entonces ya estaré muerta! —exclamó.

Y qué culpa teníamos los demás de que fuese tan vieja.

—¿Quiere que redacte un informe... como siempre?

—Sí, claro —cabeceó. Añadiendo—: Pero esta vez, procure matizar los detalles, porque se trata de una sola chica. Y eso, me da mucho miedo. ¡Si se llega a enamorar de verdad! Huy..., ¡no quiero ni imaginármelo! Me volvería loca. Es que..., ¡lo quiero tanto, señor Crawford!

Las tripas me hacían ruido, palabra.

Aquella tía cada vez me daba más asco. Tentado estuve de decirle que se metiera los cien allí donde mejor le cupiesen, pero no lo hice.

—De acuerdo. Me fijaré en los detalles y le redactaré un informe lo más completo posible.

Me miró con ojos de cordero degollado.

—Señor Crawford... —murmuró—, ¿usted cree que mi Gene puede enamorarse de otra?

¡Claro que lo creía! Pero tampoco quise ser cruel con ella.

—¡Ca...! En el fondo es a usted a quien quiere, estoy seguro. Lo de esta vez, como las otras, será una aventura pasajera. Locuras de juventud. Usted ya sabe cómo es la juventud de atrevida e inconsciente. Esté tranquila, Gene volverá al redil porque el amor de verdad se lo profesa a usted.

Me tenía asombrado mi propio cinismo.

—Sus palabras me consuelan, señor Crawford —dijo, hipando—. Me hace mucho bien hablar con usted. Esta vez le pagaré doscientos.

¡Hombre! Por el momento hasta la encontraré guapa y simpática. Los milagros que obra la pasta.

—La mantendré informada, señora Pleasence. Y ahora, si me disculpa...

La acompañé hasta la puerta escuchando cómo se deshacía en elogios hacia mi persona y cuánto alababa mi capacidad

profesional.

¡Capacidad profesional! Para hacerse pipi en pleno ataque de hilaridad.

Regresé a la mesa y de uno de los cajones saqué la botella del jarabe. Mandé al estómago una buena ración de *whisky* ante la mirada desaprobadora de mi íntegra y moralista secretaria.

—Y en ayunas, ¿no? —preguntó.

—Mujer..., sólo trato de calentar el estómago. Como otras cosas me están vedadas.

—Y lo seguirán estando, Tarzán.

—Eso digo yo..., Tarzán. Llevo tiempo intentando comprender cómo no te has rendido ya ante un cuerpo varonil como el mío. Mira que eres dura, ¿eh?

Cruzó sus fabulosas piernas. Aquellas que habían anunciado *pantys*. Y me mostró, para mayor tortura, una generosa porción de sus prietos y cobrizos muslos.

—Decente, pesquisa, decente —corrigió—. Una fórmula que ahora está en decadencia, pero que yo sigo manteniendo. Tradicional que es una.

—Y desgraciado que soy yo.

El campanilleo del teléfono interrumpió nuestro intrascendente diálogo. Peggy atrapó el auricular, diciendo:

—Oficina del detective Crawford; ¿quién llama?

Escuchó atentamente lo que le decían, frunció el entrecejo, me pasó el aparato y dijo:

—Un tal señor Balding. Dice que os conocéis.

¿Balding...? No me acordaba de nadie que se llamara así.

Me encogí de hombros y llevándome el microauricular a los labios, pregunté escueto:

—¿Sí...? Habla Telly Crawford.

La exclamación de la voz metálica que estaba al otro extremo me llegó con nitidez, casi autoritaria:

—¡Telly...! Soy Balding... Richard Balding, ¿no me recuerdas? De la Escuela Superior de Arquitectura. ¡Eh, chico...! ¿Todavía no?

De súbito se encendió la lucecita. Balding, sí... ¡Había pasado mucho tiempo, la friolera de catorce años!

—Sí, sí... Claro que te recuerdo. ¿Cómo has dado conmigo?

—Eres un fisgón con fama, muchacho. ¡Te envidio!

—¿Me estás tomando el pelo, Richard?

Un silencio. Como si se sorprendiera. Como si se extrañase de que yo me extrañara... y es que me sonaba extraño lo de fisgón con fama. Fama... ¿de qué? A ver si ahora iba a resultar... ¡No quería más espejismos! El amigo Richard no tenía mejor cosa que hacer aquella mañana y, por lo que fuese, había decidido cachondearse de mí.

Pero me seguía intrigando el hecho de que después de tantos años hubiera dado conmigo.

Noté una inflexión de seriedad cuando me contestó:

—Nada de eso, Telly. Necesito de los servicios de un detective y...

—Has consultado las páginas amarillas, has leído mi nombre y has pensado: «Mira, el desgraciado de Crawford se dedica a eso. Para que se lo gane otro...».

—Estás muy susceptible —me atajó—. No es eso, de veras. Te he encontrado por una guía profesional, desde luego. Pero después, una agencia cuyo nombre no viene al caso, me ha dado sobre ti inmejorables informes. Tenemos que hablar, Telly. ¿Comemos juntos este mediodía?

Nunca viene mal que te paguen un ágape. Le dije que de mil amores, que entre bocado y bocado recordaríamos nuestros tiempos de juventud, escuela y libertinaje.

—¿Tienes algún lugar preferido?

¿Lugar preferido yo...? Yo que comía de bocadillo en el *snack* que hacía esquina en las Sullivan y Conover Street. Hice como que no le daba importancia y lo dije con la indiferencia propia de quien está cansado de buenos restaurantes.

—No. Richard. Ninguno es especial. Suelo cambiar con frecuencia porque me aburre ver siempre al mismo camarero.

¡Allí quedaba aquello!

—Entonces —dijo mi telefónico interlocutor—, ¿hace el Garden s Restaurant?

—Vale no lo había oído nombrar en mi puñetera existencia. —Exclamé—: ¡Oye...! Qué memoria la mía. Recuérdate dónde está.

—¡Por Dios! En plena Fifth Avenue. A la altura de la 96 St., frente por frente al Central Park.

—¡Arrea! En la Quinta Avenida nada menos. Pues sí que le rodaban bien las cosas a mi ex compañero de Escuela.

—¡Ah..., sí! Ya recuerdo.

—¿Nos vemos allí a la una? —me preguntó.

—O. K. A la una en el

Garden's

Restaurant.

Colgamos. Me quedé mirando a Peggy. Ella me miraba a mí. Como si los dos tuviésemos el mismo presentimiento.

—¿Algo importante, jefe?

—No sé qué contestarte, pero algo me dice que sí. Hace tiempo que dejé de creer en premoniciones y bobadas de éstas, pero tengo un presentimiento. Tengo la sensación de que está muy cerca de mí lo que tanto tiempo he estado esperando y que casi ya había olvidado.

—La fama está a tu alcance, detective —dijo con graciosa ironía—. Cuando eso pase no me mirarás a la cara.

—A ti, siempre te miraré todo, prenda.

Sí. El caso de mi vida se estaba acercando a pasos agigantados, aunque seguía teniendo ciertas reservas. ¿Para qué me necesitaría Richard Balding?

A la una empezaría a salir de dudas.

Pero que aquél, dejando a un lado la visita del plomazo de la Pleasence, era mi día, iba a empezar a comprobarlo en seguida.

Me había puesto en pie y Peggy, todavía ahora me estoy preguntando el porqué, también. Nos encontramos... porque el agujero no era como para perderse.

Y lo que nunca había ocurrido estalló de repente.

Me la encontré dentro de los brazos, apretándose contra mí, horadando mi tórax con el cálido contacto de sus pechos excitantes y los labios se me fueron en busca de los suyos que eran jugosos, frescos, húmedos...

Los saboreé sintiendo cómo ella colaboraba con una pasión que nunca la hubiera creído capaz de sentir.

No teníamos butaca..., pero fue lo mismo.

Cuando abandoné la oficina alrededor de las doce para acudir a la cita con Balding, excuso decir que iba relajado, satisfecho y feliz.

Era mi día, sí.

O al menos, eso pensaba al tiempo que alzaba la diestra para que aquel taxi se acercase a la acera.

Y cuando entré, dándole al chófer la dirección del Garden's

Restaurant, seguía pensando en lo mismo y sintiéndome plenamente realizado.

Porque lo de Richard, después de lo de Peggy, tenía que ser por fuerza el caso de mi vida.

Y llegaría a lamentarlo. Creo haberlo dicho antes.

CAPÍTULO III

Me lo fue explicando entre bocado y bocado, entre plato y plato, mientras saboreábamos las excelencias culinarias del lugar, que eran muchas, y un servidor, por una vez y sin que sentara precedente, se sentía como un auténtico *gourmet*.

A mi viejo compañero de estudios —lo de viejo iba por el tiempo que nos conocíamos y por el que habíamos estado sin vernos— las cosas le habían rodado más que bien. El mismo lo reconocía sin falsos rubores, sin hablar de esfuerzos ni sacrificios, refiriéndose única y exclusivamente a la suerte.

Licenciado en arquitectura, las cosas le vinieron de cara y entró a formar parte de un importante gabinete en el que se trabajaba en la construcción de planos y maquetas para una empresa dedicada a la edificación en serie en zonas urbanas y rurales.

Por si eso fuera poco, Richard había contraído matrimonio con una hermosa mujer —todos los maridos dicen que sus mujeres son muy guapas, pero eso había que verlo—, cuyo padre, el suegro de Richard, era propietario de una cadena de *night-clubs* y otra de supermercados, que a la muerte de él —acaecida en fechas recientes— había heredado Jennie, así se llamaba la costilla de Balding, conviniéndoles en millonarios y permitiendo que Richard se emancipase profesionalmente y estableciera su propio gabinete de arquitectura.

¡Cuando yo digo que los hay que nacen con la flor en el trasero!

Una vez me hubo hecho esta síntesis de lo que había sido su vida desde el momento de licenciarse en la Escuela Superior, volvimos a las añoranzas, recordando esos tiempos pasados que al decir de muchos fueron mejores... por la sencilla razón de que ya no vuelven, la juventud se ha quedado atrás y se van acumulando

años, en cuyo transcurso y según las cosas le van a uno, los recuerda con mayor o menor nostalgia.

Y si no, la muestra estaba en Balding y un servidor. Para él, los tiempos pasados eran indiferentes porque su posición y los millones de su esposa los habían dejado en el olvido y sólo los recordaba en ocasiones como aquéllas. Para mí sí eran mejores porque entonces estaba lleno de esperanzas e ilusiones que el paso de los años se había encargado de diluir y desvanecer al imponerse la mísera y cruel realidad de la vida.

¡Unos tanto... y otros tan poco!

Nos habían servido los postres.

Y fue entonces cuando me lo dijo. Cuando me habló del motivo de su llamada telefónica y posterior cita para calentar el estómago con el estilo gastronómico de superior categoría que se daba en el Garden's Restaurant.

—Se trata de mi mujer, Telly.

Me quedé sorprendido. Con la cuchara del helado a unos centímetros de mí entreabierta boca.

—¿Tu mujer? —repetí interrogante. Con una extrañeza que se gestaba en la rutina de mi trabajo, acostumbrado a que cuando mis clientes se referían a sus parientes lo hicieran siempre por asuntos de cornamenta. Y eso, en una mujer de la clase que yo intuía que debía tener la de Richard, millones a un lado, se hacía difícil admitir. Volví a preguntar—: ¿Qué sucede con ella?

Balding dejó su cuchara sobre la mesa y me miró rectamente a los ojos con una sombra de tristeza y preocupación en el fondo de sus oscuras pupilas.

Hubiese jurado que en aquella mirada había una vibrante nota de patetismo. Algo así como una llamada de auxilio, un S. O. S.;

una dramática petición de ayuda.

—Su equilibrio mental está en serio peligro.

Me quedé sorprendido y confuso. No debía ser muy agradable que la mujer se te volviese loca porque eso no podían evitarlo ni los millones. Pero a lo mejor, la cosa no era tan grave como yo acababa de imaginarla.

—¿Puedes aclararme eso, Richard?

—Para eso te he citado —respondió. Añadiendo—: La muerte de su padre ha significado un duro golpe para Jennie. Transcurridos ya seis meses todavía no se ha hecho a la idea... y temo que nunca se haga a ella.

—¿La ha visitado algún... psiquiatra? —pregunté con cierta reserva.

—Sí. Pero sin diagnóstico claro. Los especialistas de la mente son a veces tan difíciles de entender como sus propios pacientes. El doctor Nicholson, de una forma bastante inconcreta, asegura que es cuestión de tiempo. Dice que se trata de un *shock*, el normal cuando se muere un ser querido, al que en el caso de Jennie se añade un trauma regresivo por la razón de que como ella se quedó sin madre cuando apenas era una niña y su padre cumplió la función de ambos a todos los niveles... educativo, de comprensión y cariño, como amigo y confidente, etcétera, ella no admite que de golpe y porrazo la muerte le arrebató lo que hasta hoy ha sido el pilar de su propia existencia. Dice también que mientras su padre vivía ya era para ella lo más importante porque su consciente tenía presente la sombra animadora de lo que para ella significaba en realidad la vida... ¡Un lío que yo no entiendo, Telly!

Muy complicado, sí —tuve que admitir. Preguntando—: Pero ¿qué es exactamente lo que has notado de anormal en Jennie desde que murió tu suegro?

—Muchas cosas... y a cuál más absurda.

—Si no eres más explícito...

Richard ensayó un gesto de claro abatimiento.

—Es que no sé por dónde empezar. Verás... Con frecuencia coge su coche, desaparece, se está largas horas fuera de casa y cuando regresa y le pregunto dónde ha estado dice que no lo sabe o bien me responde que no ha salido a ninguna parte. Llevo un control riguroso del registro de kilómetros y a veces hay saltos de cincuenta o cien que ella no sabe, no puede o no quiere justificar. Otras veces se va al cementerio, yo la he seguido sin que lo supiera en varias ocasiones, se pone frente a la tumba de su padre y empieza a hablarle como si él pudiera oírla. Eso, hasta cierto punto, es normal porque lo hacen muchas personas, pero Jennie, antes de digamos despedirse de su padre, le asegura con una frialdad estremecedora que pronto se encontrarán... «Llevo días pensando en cómo lo haré

para reunirme contigo, papá. Me duele por Richard, ¿sabes?, pero sé que mi obligación es estar contigo, juntos, como lo hemos estado desde que murió mamá. No sé si debo despedirme de mi marido, me da miedo porque él no lo entenderá..., pero temo tanto por ti, me da pánico pensar que puedas cometer una locura al sentirte solo». —Se interrumpió, tragando saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta, y dijo: ¿Te das cuenta, Telly? Habla con él como si estuviera vivo y piensa en la muerte, en suicidarse, pero de una forma totalmente extraña. Como si se tratara de irse de viaje porque su padre estuviera residiendo en otro lugar, lejos de nosotros, de ella, y preocupándole su soledad decidiera ir a pasar una temporada con él.

—Y eso... ¿dice el psiquiatra que es un trauma regresivo?

—¡Yo qué sé! —exclamó con nerviosismo—. Lo que tengo claro es que en el cerebro de Jennie cada día cobra mayor vigencia la idea de suicidarse. Ella misma no sabe cómo hacerlo, pero está decidida a ello. Es..., ¿es para volverse loco!

—¿Ha hecho ya alguna tentativa?

—No lo sé con exactitud, Telly. Pero en las ocasiones que la espío, cuando la oigo hablar consigo misma, cree que me estremezco y me invade un pánico terrible. La he oído decir en varias ocasiones: «Existe la curva de la vida y la curva de la muerte, papá. Yo conozco la curva donde quiero morir... Es aquélla, ¿la recuerdas? Donde está la glorieta. Solíamos ir juntos allí cuando yo era una niña. Entonces era la curva donde se iniciaba mi vida, ahora... debe ser la curva que marque el final. Cuando salte desde ella al precipicio será cuestión de segundos el reunirme contigo. Volaré desde el fondo del barranco y tú me tenderás la mano para que pueda levantarme con mayor facilidad». —Hizo un salto y me explicó: No te sorprendas por el hecho de que sepa con tal exactitud y textualmente las palabras que Jennie pronuncia cuando supone estar sola..., porque tengo la casa llena de micrófonos ocultos. ¡Lo mío parece la labor de un auténtico espía! Telly, ¿te das cuenta de lo grave y complicado de mi situación? Una mujer joven a la que adoro, que es toda mi vida e ilusión, lo único y más importante de mi vida, quiere..., quiere dejarme. ¡Quiere suicidarse para ir al encuentro de su padre muerto! Te lo he dicho antes, si esta situación se prolonga me voy a volver loco.

Yo, loco no, pero sí estaba totalmente confuso y desorientado. La actitud de la esposa de mi antiguo compañero de escuela era demencial e incomprensible. La curva de la muerte, decía. «La curva donde quiere morir». ¿Por qué en una curva precisamente? ¿No era más fácil tomarse un frasco de barbitúricos, cortarse las venas, o cualquier otro de los sistemas tradicionales de suicidio?

Rompí el silencio que se había abierto entre nosotros, preguntando:

—¿Qué curva es ésa, Richard?

—Verás, desde que me casé con Jennie nos quedamos a vivir en su casa. Es una preciosa mansión situada en la carretera que une Nueva York y Trenton, la cual, durante varios kilómetros se pierde y serpentea alrededor de un pequeño sistema montañoso poblado de árboles y verdor por la que en muchos tramos se oculta a la vista el asfalto como si el trazado de la carretera quedase absorbido por las montañas. Hay muchas curvas y cerradas, prácticamente a la salida de una te encuentras con la otra... y bajo ellas profundos y enormes barrancos. A la que Jennie hace referencia es una ancha que a la izquierda cuenta con el consabido precipicio y a la derecha, adentrándose hacia la espesura del bosque, antes de que comiencen los troncos de los frondosos arbustos y la tupida tela de araña que conforma la vegetación, forma una especie de ancha plataforma semicircular donde Chad Stevens, mi suegro, hizo construir una glorieta entre natural y artificial. Debo aclararte que aquellos terrenos eran de su propiedad hoy lo son de mi esposa, que dotó de columpios, toboganes, juegos de anillas... una especie de pequeño parque infantil privado al que solía llevar con frecuencia a Jennie cuando ésta era niña y donde, según me habían explicado ella antes de la muerte de su padre, había pasado los momentos más deliciosos de su infancia.

—Entiendo que para Jennie su padre era más que eso —dije, mordiéndome el labio inferior en actitud reflexiva—. Era un ser supremo, algo así como Dios.

Richard admitió mi teoría con un cabezazo de asentimiento.

—Y quiere ir a reunirse con ese dios olvidando que el verdadero castiga ese suicidio. Y ella sabe que quitarse la vida es condenar su alma porque sólo Dios es dueño de la vida y la muerte.

—¿Jennie es creyente?

—Católica, para ser más exactos.

—Entonces, todavía lo entiendo menos.

—¿Te das cuenta, Telly? ¿Comprendes el alcance de mi sufrimiento y desesperación? Mi existencia es un continuo sobresalto, una tortura porque sé que en cualquier momento puede..., puede producirse la catástrofe. ¡Y me siento impotente para impedirlo! Bueno, me sentía impotente hasta que pensé, tras largas horas de insomnio devanándome los sesos..., hasta que pensé en ti. En un antiguo compañero que se había dedicado a la investigación privada.

Parpadeé con genuino asombro. Todavía más confundido que hasta entonces. Porque no lo veía claro. En absoluto. Por mucho que trataba de exprimir el magín en fracciones de segundo, estaba acostumbrado a pensar a toda pastilla, no entendía adónde quería ir a parar Richard Balding. Se me escapaba por completo por qué mi amigo había encontrado la solución a su impotencia para evitar el posible suicidio de su mujer pensando precisamente en mí, en un fisgón muerto de hambre que se tenía que conformar con clientes de cien dólares con esposas o maridos adúlteros, o

play-boys

como en el caso de Pleasence... y aun en el supuesto de que hubiera pensado en un detective de renombre, la cosa seguía estando igualmente oscura. ¿Qué podía pintar un *private eye* en semejante situación?

Se lo dije bien claro:

—Ahora es cuando menos entiendo todo lo que me has contado hasta el momento, que de por sí ya es difícil de entender. Pienso, al menos bajo mi modesto criterio, que un detective no es la solución.

—En ti —me contestó sereno y con un brillo de esperanza en aquellos ojos que en el transcurso de la entrevista se me habían ofrecido sombreados por la tristeza y el patetismo—, se unen el detective y el viejo amigo. Ese amigo..., es egoísta y cruel por mí parte admitirlo, del que posiblemente no me hubiese vuelto a acordar jamás de no ser por la angustia y desesperación en las que estoy inmerso. Tú, Telly, vas a convertirte en la sombra perenne de Jennie, en algo así como su guardaespaldas.

—¡Pero...! —exclamé—. Ella lo notará. Sabrá que la estoy vigilando.

—¡Por supuesto que lo sabrá! —exclamó a su vez Richard. Ampliando—: Bueno, sabrá que estás de continuo a su lado, no exactamente que la vigilas. Como que vais a ser muy buenos amigos y vais a ir juntos a todas partes.

Había conseguido confundirme al máximo. Tenía la «azotea» hecha un verdadero lío. ¿Qué era concretamente lo que quería que hiciese? ¿Estar pegado a las faldas de su mujer las veinticuatro horas del día? Bueno, supongo que por la noche preferiría ser él quien se acostase con Jennie, porque si no...

—¿Y cómo crees que va a admitirme ella, Richard?

—Como un antiguo amigo mío, compañero de estudios, que en la actualidad es un escritor en agraz cuyas preferencias literarias se encaminan hacia las ciencias esotéricas. A Jennie le fascinan los temas de ocultismo, parapsicología, y todos aquellos fenómenos que no tienen una explicación lógica desde el prisma estrictamente humano.

—¡No tengo ni puñetera idea de esos berenjenales!

—Pues tendrás que empollarte algunos libros. Sólo para hablar de una forma simple y muy por encima sobre esas materias. Tú, como te decía, estás preparando una obra que tratará acerca de los misterios de la vida y la muerte. Has permanecido mucho tiempo enclaustrado en una casa aislada entre las montañas cercanas a Bakersfield, allá en tu California natal, meditando acerca de la muerte y los fenómenos cósmicos que se puedan dar en el más allá. Crees, incluso, en la reencarnación. Y ahora, has venido a Nueva York, para ponerte en contacto directo con la vida dentro de una ciudad cosmopolita y abigarrada, heterogénea, como lo es la de los rascacielos. Te has puesto en contacto conmigo, me has explicado lo que te propones y yo te he invitado a que pases una larga temporada entre nosotros diciéndote... que mi esposa te servirá de guía y orientación en la jungla de piedra y asfalto neoyorkina.

De verdad de la buena que estaba boquiabierto y estupefacto.

—¡Richard! ¿Te das cuenta del lío en que tratas de meterme?

—Es la única forma viable que te permita estar de continuo al lado de Jennie y vigilar todos sus movimientos sin que ella lo sospeche. ¡Ah...! Ya está deseando conocerte.

—De manera... ¿qué ya le has hablado de mí?

Afirmó con la cabeza.

—Eso es, Telly. Le he dicho que llegarás el próximo lunes. Perdona que haya decidido por ti, pero tenía la certeza de que como amigo, como detective y simplemente por humanidad, no me dejarías solo con este difícil problema. No te arrepentirás, te lo garantizo. Percibirás quinientos dólares diarios más gastos.

Lo que acababa de oír hubiese colmado las aspiraciones profesionales y las exigencias económicas del mismísimo Perry Mason. ¡Imagínense las mías!

Me había quedado mudo. De asombro, por la impresión de los quinientos al día o por lo que fuera. Pero me faltaba aire para convertir en palabras las distintas emociones que sentía dentro de mí.

No obstante, era perfectamente consciente de que aquel asunto entrañaba muchas dificultades.

Ante mi silencio, anunció Richard:

—También he dispuesto que tengas un coche a tu disposición. Un auto que yo te regalo. Puedes recogerlo cuando quieras en el 1733 de Cropsey Avenue, en Brooklyn, muy cerca del Dyker Beach Golf Course. Es una amplia zona de *parking* dedicada a la compraventa de automóviles propiedad de un tal Andrew Feldush. Ya tiene instrucciones concretas mías. Tú solo tienes que personarte allí diciendo que vas de parte de Richard Balding a recoger el coche.

—Richard, amigo mío... —musité muy lentamente, meditando con serenidad cada una de las palabras que iba a pronunciar— entiendo que tu ofrecimiento a cambio de mis servicios es algo que haría las delicias del más exigente y endiosado de los detectives y, por supuesto, hace las mías. Me siento desbordado. Pero tengo la obligación, no sólo por ser tu viejo amigo de escuela, sino por mi propia ética personal y por simple honradez, de advertirte que posiblemente no soy el más idóneo para este caso. Me falta experiencia y un montón de cosas más. Piensa, piensa por un momento, que fallo; que fracaso. Que Jennie consuma sus propósitos de suicidio.

—Es un riesgo que debemos afrontar, Telly.

—¿Sabes cómo me sentiría yo de llegar ese desgraciado y fatal momento?

—No. No tendría tiempo de pensar en cómo te sentirías tú

porque yo estaría destrozado. Pero en ningún instante podré culparte de lo que suceda. Hemos de intentarlo, Telly. No hay opción. Tengo la esperanza de que tu presencia al lado de Jennie, en principio por la novedad, y luego porque estoy seguro de que se establecerá entre ambos una mutua corriente de simpatía, será la terapia adecuada que le devuelva las ganas de vivir y haga que se olvide de sus actuales y futuros pensamientos. El lunes próximo llegará a nuestra casa el antiguo amigo, hoy escritor en ciernes, que precisa de alguien que le ponga en contacto con la vorágine ciudadana de Nueva York. Ella ha aceptado con gusto la idea. Hablaremos de todo mientras cenamos. ¡Ah...! Mónica Reynolds, mi secretaria particular, también está invitada a la cena. A Jennie le cae muy bien y es la única persona hasta ahora que ha conseguido, en una parte muy mínima, alentarla en determinados momentos depresivos. A veces la hago venir con el pretexto del trabajo, correspondencia y supuestos asuntos urgentes, para que esté en contacto con Jennie. Te lo digo para que sepas que en cualquier instante que yo tuviese que salir de Nueva York por circunstancias profesionales, Mónica podría serte útil en caso necesario. Eso es todo, Telly.

—Eso es mucho, Richard —repetí cómo en un rezo.

—¿Crees en Dios? —me preguntó de súbito.

—De no creer tendría que convertirme al cristianismo desde este mismo instante. Toda ayuda va a ser poca, y la de Dios, inestimable y necesaria.

Richard hizo chasquear el índice y el pulgar de la diestra reclamando la atención del camarero.

Se acercó solícito.

—¿Algo más, señores?

—La cuenta, por favor.

CAPÍTULO IV

Cuando al día siguiente se lo conté a Peggy no saltó precisamente de alegría.

Ni tan siquiera al recalcarle lo de los quinientos diarios más gastos, ni tampoco al insistir en que pese a las dificultades, aquél podía ser el caso que había estado esperando.

—Sí —anunció con voz acre—. El caso de tu vida hacer de vigilante perpetuo de una joven millonaria, viviendo en su propia y señorial mansión, con la posibilidad de convertir a tu amigo en uno más de los que desfilan por este agujero y dejan cien dólares encima de la mesa.

—¡Peggy...! ¡No estarás hablando en serio! ¿Me crees capaz de llegar a la máxima intimidad con la mujer de un...?

—Te crece capaz de cualquier cosa, cuando de faldas se trate —me interrumpió con tono de sentencia.

Empecé a comprender.

—Oye..., ¿no será que estás celosa?

—Te dije en una ocasión, al principio, cuando intentabas llevarme a la cama, que ciertas cosas que las mujeres liberadas de hoy hacían por capricho o necesidad, como comen y beben, yo sólo las admitía de existir amor de por medio. Ayer, pasó algo entre tú y yo, ¿no?

—Sí. Pasó algo.

—¿Y no te dice nada eso?

Me quedé tan sorprendido y estupefacto como cuando Richard Balding, entre cucharada y bocado, me fue explicando lo que pretendía de un servidor. Con una diferencia: que lo que me decía mi pelirroja secretaria, sin dejar de ser sorprendente, era más fácil de asimilar; ¡estaba enamorada de mí!

—¿Por qué has ocultado tus sentimientos durante todo este tiempo?

—No quería que me encontrases tan fácil como las otras. Y cree que en algunos momentos me ha resultado un pequeño calvario hacer oídos sordos a tus... Esperaba que llegado el momento vieses en mí algo más que un simple instrumento de placer, algo distinto a la mujer objeto que estás acostumbrado a tratar. Ya sé que no puedo obligarte a que me quieras porque yo te ame y mucho menos presionarte por el hecho, para mí muy trascendente, de que ayer fuese tuya. Pero...

—Crees merecer algo a cambio, ¿no?

Vi sus grandes pupilas, azuladas como las aguas de un lago, muy fijas en las mías. Casi suplicantes. Nunca lo hubiera imaginado, de veras. Y me sentía inmensamente feliz. Mi ego varonil babeaba de satisfacción. Peggy no me era indiferente, no. Ni tampoco una mujer objeto como las que habían desfilado entre mi naturaleza y un colchón. Ella lo había dicho y estaba en lo cierto. Pero yo no sabía con exactitud si los sentimientos que aquel precioso compendio curvilíneo rematado por sedosos cabellos rojizos..., si los sentimientos que me inspiraba podían definirse con la palabra AMOR.

Merecía algo a cambio, sí. Pero no podía confesar un cariño que no estaba seguro de profesarle.

—Eso —la oí decir— tienes que decirlo tú.

La encrucijada. Algo parecido a lo que me sucediera el día anterior con Richard. No tenía fuerzas para negarme.

—¿Lo probamos? —pregunté, con voz un tanto insegura.

—Explícate.

—Llevamos bastante tiempo, tiempo conviviendo juntos... Ahora, ya hemos intimado y materializado esa intimidad. Puede que sea el camino. Siento algo por ti que no había sentido antes por ninguna. No se trata de que necesite experiencias prematrimoniales para decidir si te amo o no. Pero sí, en bien recíproco, saber si nos compenetramos a todos los niveles para decidir que nuestras existencias se conviertan en una sola. No sé si me he explicado bien...

—Al menos lo has hecho con tacto y delicadeza, que ya es algo. Lo probaremos. Pero ahora, estarás alejado de mí. La convivencia

de que hablabas se trunca al haber aceptado el caso que te ha encomendado tu amigo.

—Buscaré tiempo para que podamos estar juntos, Peggy. Te lo prometo. Lo sacaré de donde sea. Empezaremos, si te parece, por cerrar la oficina. Dispongo de tiempo hasta el lunes. Podemos pasar juntos unas minivacaciones. ¿Por qué no me acompañas a recoger el coche? Luego nos pasaremos por una librería especializada en tratados de ocultismo, parapsicología y cosas raras del más allá. Necesito adquirir unos volúmenes para ilustrar mi ignorancia al respecto.

Peggy sonrió luminosamente.

—Me parece una idea más que aceptable. ¡En marcha, detective!

Una hora después nos encontrábamos en el 1733 de Cropsey Avenue.

Andrew Feldush, un tipo larguirucho y esquelético de los que te dan la sensación de que serían capaces de vender a su propia madre si tuviese motor y ruedas, pero que conocía bien su oficio, nos recibió como si fuésemos el matrimonio Carter cuando le hube anunciado quién era y de parte de quién venía.

—¡Una gran persona el señor Balding, vaya que sí! Ya me ha dicho que son ustedes excelentes amigos. Yo, señor Crawford, le he preparado algo verdaderamente especial..., algo que estoy seguro le encantará pero, de todas formas, si por la razón que sea no le satisface, me lo dice con toda libertad y buscamos otra cosa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Síganme, síganme...

Y le seguimos. Serpenteando tras él por aquel nutrido hervidero de coches que ocupaban prácticamente la vasta extensión de aquella zona de *parking*.

Extendió el índice de su diestra sobre un determinado vehículo. Y sonriendo satisfecho, dijo:

—Qué..., ¿qué le parece, señor Crawford?

Decir lo que me parecía resultaba una bobada. Encogerme de hombros para dárme las de suficiente admitiendo el «cacharro» como quien acepta un bolígrafo el día de su cumpleaños, haciéndome el estrecho, hubiese sido ponerme en evidencia ante los ojos de águila que lucían en el rostro de Feldush al que no se le

escapaba que yo era un muerto de hambre.

Me comporté y produje con la mayor naturalidad.

—¡Es una maravilla!

—Sí, señor, lo es. Algo especial. Lo menos que se merece alguien que viene de parte de Balding. Todo está en regla, señor Crawford. Licencia fiscal, permiso de circulación..., todo a su nombre.

Apenas si lo escuchaba. Porque estaba embozado, lo mismo que Peggy que colgada de mi brazo se apretaba contra mí haciéndome sentir su alegría y el contacto de sus carnes prietas y juveniles, contemplando aquella fabulosa máquina de hacer kilómetros.

Un fabuloso Abarth biplaza modelo OT-1300,

del 70 posiblemente, metalizado en gris.

—¡Ah...! —exclamó el de la compraventa—. ¿Quiere entrar y abrir la guantera? Eso hice, encontrando un sobre.

Lo abrí.

Y lo primero que saltó frente a mis ojos, que iban de sorpresa en sorpresa, fue un talón nominal por importe de cinco mil dólares. Y una nota, que decía lo siguiente:

«Telly: No te lo entregué ayer mientras comíamos porque me pareció una falta de tacto imperdonable y entiendo que hubieras podido sentirte ofendido. Pero a partir de ahora, de este mismo instante, vas a tener gastos y yo, que ahora soy cliente, debo correr con ellos. La amistad queda a un lado cuando se establece un contacto comercial. Periódicamente te iré suministrando las cantidades que estime necesarias. ¡Hasta el lunes!

»Te abraza,

»Richard».

Le mostré a Peggy talón y misiva.

—De ésta te forras, pesquisa.

—Procuraré ahorrar por si decido casarme, muñeca.

Tan recatada que se había mostrado hasta poco antes y no le

importó empinarse sobre la puntera de sus pies y besarme largamente en la boca frente a las narices del larguirucho comerciante.

Se hizo el loco. Creyó entender que se trataba de la alegría de contemplar aquella hermosa máquina gris que nos había preparado.

No le faltó más que remitirse a aquel formulismo arcaico de: «que lo disfruten con salud».

Y no estaba del todo desencaminado pensar en la salud, porque pisando a fondo el gas de aquel bólido podía perderse con suma facilidad.

Nos despedimos y luego me dispuse a pilotar aquel sucedáneo de los fórmula 1.

En una librería del barrio Woodhaven del Queens, muy cercana al lugar donde se ubicaba el apartamento de Peggy —vivía en el 753 de Jamaica Avenue—, me hinché de comprar volúmenes.

Diccionario de las artes adivinatorias, de Gwen Le Scouézec; *Nuestros poderes ocultos*, de Jean Riverain; *Telepatía*, de Sybil Leek; *Las experiencias psíquicas de Olof Jonsson*, de Brad Steiger, y *Los secretos del zodiaco*, de François Regis Bastide.

Era de esperar que aquella minibiblioteca esotérica me sirviese para cambiar impresiones con Jennie acerca de los misterios del más allá.

Minutos después nos encontrábamos en el domicilio de mi pelirroja y enamorada secretaria.

* * *

Me dijo que la perdonase al tiempo que se perdía por una de las puertas, dos en concreto, que asomaban al *living*, su dormitorio sin duda, añadiendo desde dentro:

—Voy a ponerme cómoda. Sírvete algo mientras tanto.

Hice gasto, la ocasión lo requería. Un vaso de cristal tallado del juego de seis que había en un departamento del mueble bar lo teñí de color ámbar, hasta la mitad, sirviéndome de una botella de Johnnie Walker que se encontraba por los alrededores.

Desprecié las butacas y el sofá sentándome encima de la alfombra con las piernas cruzadas al estilo indio, saboreando el *whisky* en lugar de la pipa de la paz.

Peggy tardó, sí.

Pero cuando la tuve frente a mis ojos, enmarcada en la jamba de la puerta, un tanto ondulante y negligente... comprendí que su tardanza era más que perdonable.

Se había soltado la mata pelirroja y no lo digo con segundas.

Incluso daba la sensación de que sus cabellos estaban sensual y sugestivamente alborotados. Cayendo por encima de los hombros, rebasándolos por delante y detrás, contrastando con el rojo brillante, cegador, de aquel kimono oriental salpicado de dragones amarillentos y otros bichos muy raros que le prestaban a Peggy unos aires místicos, excitantes, de deidad pagana.

Era todo un reto. Un reto al que no había hombre capaz de resistirse. Y yo, en semejantes circunstancias, siempre me había mostrado muy débil, con escasa capacidad de resistencia.

Me fui incorporando, lentamente, sin dejar de mirarla con un brillo de éxtasis en mis pupilas.

—¿Cómo me ves, pesquisa?

¡Que cómo la veía! Me había preguntado..., que cómo la veía.

—De muerte.

—¿Es un piropo?

—Es mucho más, Peggy. Porque toda tú eres mucho más. Si ahora quisieras —y fui sincero como posiblemente no lo había sido nunca—, antes de librarte de ese kimono me harías firmar cuatro mil certificados de matrimonio.

—No me gusta especular con las debilidades de nadie y menos con las tuyas. Puedes quitármelo sin firmar nada. Pero... ¿por qué no me preparas un *whisky* antes? Lo demás, vendrá por sus pasos contados. Con que decidas firmar un solo certificado cuando estés plenamente seguro de que serás capaz de cumplir todas las cláusulas del contrato..., me sentiré suficientemente pagada.

Le preparé el *whisky* que me pedía.

¡Cin, cin!

Bebimos con pereza, ahora ocupando butacas, uno frente al otro.

Aunque les pueda parecer absurdo, aquella deliciosa mujercita a la que había asediado en tantas ocasiones, ahora, abierta a mí, solícita y dispuesta a ser mía por convicción, por el amor que había confesado me profesaba..., estaba consiguiendo que me sintiera muy pequeño a su lado. Torpe y tímido como un vulgar

principiante.

¡Maldito carácter el mío!

Y es que en el fondo los hombres somos así. Mucho hablar, mucho ataque cuando la «fortaleza» se resiste, porque la negativa excita y además porque, ante el «no» el riesgo es mínimo, y a la hora de la verdad, cuando nos tienden el puente levadizo, reaccionamos como chiquillos.

Como chiquillos grandes que somos, sí.

—Estás desconcertado, ¿verdad?

Y se permitía hasta el lujo de leer mi pensamiento.

Dejó el vaso, medio vacío, encima de una mesita ratona.

—¿Qué debo responderte, Peggy?

—Eludir la respuesta con otra pregunta —desgranó, con sus maravillosos ojos bailando por encima del círculo cristalino donde terminaba el vaso—, me parece una cobardía.

—Es que soy cobarde. ¿Te sorprende?

—Eso te pasa porque hasta hoy no has empezado a distinguir entre el amor y el placer. Obrar a impulsos del instinto supongo que no debe entrañar ninguna dificultad... Nadie se sonroja cuando se sienta a la mesa a comer. Pero admitir la responsabilidad del cariño o, pensar que él está de por medio, a la hora de recibir y entregarse... es lo que nos hace dudar. O sentirnos cobardes: Comprendo que te sería mucho más fácil si pudieras pensar que lo nuestro es una pasajera aventura. Piénsalo, Telly, si así te sientes más tranquilo.

Abandoné la butaca para ponerme de rodillas sobre la alfombra y tomar las manos de Peggy después que dejara el vaso.

—Ahora... —musité—, por mucho que me esforzase, no podría imaginar que Peggy Wabash es una aventura para mí. No puedo aceptarte como un pasatiempo.

Comprendía que ella había sabido jugar sus cartas con maestría consiguiendo confundir mis sentimientos. La mujer es siempre consciente del poder de su sutileza, sobre todo cuando está enamorada. Su astucia, su bonita y maravillosa astucia, es suficiente para llevar al huerto a un hombre experto, en teoría, como yo.

Pero ¿quién podía resistirse a pisar un huerto tan fragante y delicioso?

—Sigues teniendo miedo a comprometerte demasiado, ¿verdad?

Temes que llegue el momento de decirme: «Lo siento, Peggy. Todo ha sido maravilloso, pero...». Ahí te interrumpirás porque no sabrás cuáles deben ser las palabras exactas para no herir mi dignidad, para que no me sienta humillada.

Sólo se me ocurrió decirle una cosa. Y la dije en un momento de arrebató que yo creía, y lo era, sincero.

—Te quiero... Te quiero, Peggy. Tienes que creerme.

Me creyó, sí. Hasta el lunes por la mañana ya no volvería a ponerse aquel fabuloso y excitante kimono.

CAPÍTULO V

Podía asegurarse sin margen al error que era fenomenal, soberbia; y no podía decirse que era norteamericana, aunque lo fuese, porque ninguna de sus características físicas respondían al patrón tipo, al *sui generis*, que podían definir a la mujer de la Unión. Es que su estuche no tenía remota semejanza con el que solía envolver a las neoyorquinas, las de Chicago, Detroit, Washington o Philadelphia.

Fenomenal y soberbia, ya lo he dicho, eso sí.

Morena, exuberante, magnífica y sensual. Su melena era oscura, azabache; profundas y rasgadas sus pupilas de intenso y brillante color noche; escarlata los labios gruesos, sensuales, de frutal y jugosa humedad; tostada la piel de su cuerpo como podía serlo la de cualquier Guadalupe mexicana o de la más cobriza mujer guaraní..., o puede que de una de aquellas indígenas hawaianas que te recibían a nado para echarte al cuello un cinturón de flores mientras exclaman: «¡Aloha!».

Su orografía era abrupta y flexible, montañosa donde correspondía y estilizada donde la línea lo exigía. Estaba en posesión de una flexibilidad tan evidente, que sus articulaciones prestaban la sensación ficticia de ser de caucho.

Soberbia. De Nueva York. Pero maravillosamente tropical.

Vestía una blusa tejana azul celeste que evidenciaba dos peculiaridades: una que no llevaba sujetador para contener lo mucho que había por contener; otra, que no lo necesitaba porque no hacía falta elevar lo que se mantenía con una erecta firmeza escalofriante.

Un vaquero blanco ceñía y recortaba la escultórica suavidad de sus caderas —que no por suaves estaban exentas de elegante rotundidad— y seguía hasta el fino tobillo donde la tela componía

una minúscula «v» al revés, silueteando la perfección de unas piernas —el talón de Aquiles de las mujeres hermosas suele ser siempre la imperfección de sus extremidades inferiores— que completaban y remataban la armónica pureza de aquel cuerpo extraordinario.

Quise tenderle la mano para estrechar la suya, pero no. No, porque ella, Jennie Stevens, vino hacia mí, se puso de puntillas y me besó en los labios.

Richard lo debió encontrar natural porque sonreía abiertamente.

Yo, confundido, casi ebrio por el sabor dulzón y fragante que aquella boca carnosa había dejado en la mía, articulé con lengua de borracho:

—Es..., bueno, me siento muy feliz de estar con vosotros. Eres una preciosidad, Jennie. Hay tipos que tienen la suerte a toneladas. —Miré a mi viejo amigo de reojo—. Y tú estás en la lista, truhán. ¡Ven a mis brazos, juerguista de Escuela Superior!

Nos abrazamos. Y escuché cómo él me susurraba al oído: «¡Adelante, Telly! Lo estás haciendo de película».

Lo que faltaba, que me recordase las películas.

—Bueno —dijo ella—. ¿Es que no vamos a entrar nunca?

Entramos.

La mansión era de ensueño. Renuncio a explicar lo que fui viendo conforme me introducían en aquel palacete porque a lo peor hubiese dicho que una estatuilla era de loza cuando estaba hecha de la más finísima porcelana de Sévres, o que las escaleras que conducían al piso superior no eran, como sí eran, de auténtico mármol de Carrara..., o que las alfombras y tapices me recordaban la Francia de Versalles siendo de Persia como eran..., o el sacrilegio de afirmar que los cortinajes tupidos que cubrían los ventanales hasta el suelo, por el hecho de mostrar relieves y dibujos, debían de ser de cretona porque el terciopelo..., y eran de terciopelo, sí.

Una casa de millonarios, sí, señor.

Estábamos en el salón. Fui invitado a sentarme. Y en un tris estuve de alzarme para decir que mi equipaje seguía en el auto... porque vi desfilar por el alfombrado pasillo a un par de fámulos acarreando las dos maletas, y la pareja de pequeños maletines en uno de los cuales iba mi biblioteca ambulante sobre el más allá.

—Debes estar agotado de tanto hacer kilómetros, ¿no? —

inquirió Balding mientras me preparaba un coñac en una enorme copa y respondía por mí sin darme tiempo a abrir la boca—: Aunque con ese bólido que llevas te habrás plantado en Nueva York en un abrir y cerrar de ojos.

—Con ese bólido que llevo —dije, con una intención que sólo captó Balding—, cerrar los ojos es toda una garantía de que tu familia cobra el seguro de vida.

—¡Siempre igual este Telly! —exclamó, pasándome aquel jarro, más que copa, lleno hasta la mitad de un aromático *brandy* que casi podía asegurar que tenía mucho que ver con los viñedos del país donde mandaba *monsieur* Giscard d'Estaing.

—¡Salud, pareja! —dije alzando la copa.

Jennie se había servido ella misma un combinado y Richard me acompañó con el mismo brebaje que acababa de pasarme.

Vi que Jennie me estudiaba con detenimiento y leí en la expresividad de sus maravillosos ojos negros un chispazo aprobador.

—¿Qué tal tu California? —preguntó ella de repente.

¡Mi California! Sólo la había visto por la TV y en postales a todo color.

Pero allí estaba mí aguda e ingeniosa flexibilidad mental para responder:

—Aunque no lo creas, Jennie..., ¡siempre en el mismo sitio!, Y en esta época del año, ¡llena de californianos!

Su carcajada fue tan espontánea, infantil y natural, que me cautivó. Vi cómo bailaban aquel par de hileras llenas de menudas perlas... porque sus nacarinos dientes recordaban el fulgor de las perlas antillanas.

—Pero ¿es que no vas a cambiar nunca, Telly? —preguntó Richard sonriéndome y animándome a que siguiera por aquel camino—. Ni tu anterior estancia en Nueva York, cuando tus padres te enviaron aquí para ver si en un ambiente distinto y en una Escuela Superior diferente adquirías por lo menos formalidad...

—¡Formalidad! —le corté—. ¿De qué fenómeno atmosférico me estás hablando? ¿Dónde habré yo oído «eso» antes?

Forma... ¿Formalidad has dicho? ¡Ah, ya! Me ocurre como con los paraguas que sólo los utilizo cuando llueve y me los olvido en

cualquier parte al salir el sol. Además, como en California llueve poco, no solemos gastar formal..., digo paraguas.

—Tienes un amigo sensacional, Richard —apuntó ella—. ¿Cómo no me habías hablado antes de él?

—Por miedo, Jennie, por miedo —me adelanté yo a la respuesta.

La preciosa y tropical esposa de Balding no había captado mi intencionalidad, porque me preguntó:

—¿Miedo... de qué?

—¡Oh, Jennie! Pero ¿es que no te has dado cuenta con sólo mirarme? Soy mucho más guapo y atractivo que tu marido. Si te hablaba de mí y tú me imaginabas tal como soy... Richard corría el peligro de que tú decidieras ir a California para conocerme.

—Eso es verdad —me siguió la corriente él—. Aún no estoy muy convencido de si debo permitir que te quedes con nosotros.

—Por mí... —Hice como que me levantaba.

—¡No puedo permitirlo! —bromeó a su vez Jennie. Y dijo, mirando a Richard—. Si este hombre nos abandona soy capaz de pedirte el divorcio.

Viéndola y escuchándola, porque bromas y tonterías a un lado, toda mi atención profesional estaba centrada en Jennie Stevens..., viéndola y escuchándola, decía, comprobando su naturalidad de movimientos y la alegría con que se manifestaba, no acababa de entrarme en mi dura cabeza el hecho de que aquella hembra sensacional pensara en el suicidio.

Traté de no pensar en aquello, aunque se me hacía imposible olvidarlo, por la sencilla y elemental razón de que mi presencia en aquel palacio estaba estrechamente vinculada a las tendencias suicidas de Jennie..., tendencias que yo debía abortar cuando quisieran convertirse en algo mucho más concreto que simples intentos.

La conversación siguió como hasta entonces. Trivial, intrascendente y aderezada con chispazos de ironía en los que yo me llevaba la mejor parte. Consumimos nuestras respectivas bebidas y Jennie, alzándose de su butaca, anunció:

—Ha llegado la hora de que vaya a cambiarme para la cena.

—Cierra con dos vueltas tu habitación —le aconsejó Balding con un humor que, aunque forzado porque también tenía su mente ocupada en el serio peligro que representaba el hecho de que ella

pensaba quitarse la vida, nada tenía que envidiar al que yo escenificaba—, porque este tipo es peligrosísimo. Capaz de decirme que va a hacer una llamada telefónica y subir corriendo tras de ti.

—No le hagas caso, Jennie. Las proposiciones te las efectuaré cuando estemos solos. Entre la realidad del más acá y el misterio del más allá, te hablaré de lo preciosa que eres y del error que cometiste casándote con ese niño que juega a hacer casas de verdad.

—Eres una maravilla, Telly —dijo, antes de abandonar la sala, enviándome un beso con la punta de los deditos de su diestra.

—Tú sí que lo eres...

—¡Por eso se me destroza el alma! —exclamó Richard una vez seguro de que ella no podía oírnos—. ¡Comprendes ahora que es para volverse loco, Telly! Una mujer llena de juventud, belleza, de pasión incluso. Una mujer que lo tiene todo..., ¡y quiere *dejarme*!

—Tranquilízate, Richard.

En aquel momento asomó el mayordomo por el umbral, anunciando:

—La señorita Reynolds acaba de llegar.

Era la secretaria de mi amigo y cliente.

Se hizo a un lado el etiquetado servidor para permitir el acceso de Mónica Reynolds, que avanzó con ondulante elegancia hacia el centro del salón.

Richard le salió al encuentro, besando la mano que ella le tendía y luego me la presentó:

—Telly Crawford. Antiguo compañero de estudios y en la actualidad detective privado. Ya te he hablado de él y ya sanes el motivo de su estancia aquí.

No la besé en la mano como acababa de hacer Balding, sino que me limité a estrechársela porque, puestos a besarla, me apetecía hacerlo en otros muchos lugares antes que en su manita, por tersa y delicada que fuera.

—Me alegra conocerte, Telly. Richard se ha deshecho en elogios hacia ti.

—Exagerado que es. Y yo no me alegro, sino que me sorprende de verte..., tan exquisita y maravillosa. Este zorro... —Miré a Richard— se ha rodeado de las dos mujeres más hermosas del mundo. Una esposa de leyenda y una secretaria de fantasía. Los demás tenemos que conformarnos con las migajas. ¿Te das cuenta

de lo injusta que es la vida con un hombre tan varonil e irresistible como yo? ¡Ése lo acapara todo!

Conseguí que soltase una carcajada lo mismo que antes ocurriera con Jennie.

Y es que Mónica Reynolds estaba de muerte.

Era totalmente distinta a la señora Balding, pero tan espectacular y maravillosa como ella.

Si la otra recordaba por sus características a México, Hawai o Tahití, ésta traía de inmediato a la memoria el misterio sutil y deliciosamente candoroso de la mujer japonesa.

Maravillosa —ya lo he dicho— hasta el infinito.

Oriental hasta la saciedad.

Alta. Insuperable la estilizada geometría de su cuerpo, en cada una de cuyas cadencias se adivinaba la exquisitez de la mujer nipona. El cabello era negro, corto, peinado en bucles y ondas, excepto el pequeño flequillo que barría graciosamente su frente tersa sin la menor arruga. De nácar el óvalo de su rostro en el que destacaba el brillo singular, fugaz y encendido al mismo tiempo de unos ojos, sorprendentes e intensamente verdes, vivísimos, cobrando espectacular movilidad dentro de unos reductos oblicuos que finalizaban en respingón trazo prolongado hacia las sienes. La boca era pequeña, suaves los carnosos labios de rojez natural y levemente agrietada.

La suavidad de su cuerpo, exenta de prominencias exhaustivas que en ella hubieran roto la gracia estilizada que poseía, estaba encerrada en un ajustadísimo vestido color lila pálido que realzaba el tenue trazado curvilíneo sin la menor estridencia.

Exquisita, sí.

Oriental, también.

—¿Qué tal lo ha aceptado Jennie? —inquirió, mirando a Richard.

—Fenomenalmente —repuso el arquitecto.

—Por lo menos ya es algo. —Y mirándome a mi, agregó—. Al menos así podrás trabajar con más facilidad y mayor libertad de movimientos.

—Eso espero —asentí.

Como si los tres nos hubiésemos puesto de acuerdo sin mediar palabra, hicimos lo posible a partir de aquel instante por omitir la

realidad de mi estancia allí y eludimos también cualquier frase tangencial que se refiriese al problema de Jennie.

Ésta no tardó demasiado en estar de nuevo con nosotros, vestida con un traje de noche negro, que cubría hasta casi la puntera de sus zapatos, con amplísimo escote fruncido por debajo de los sobacos, surgiendo por encima de aquél los atisbos pujantes y firmes de sus dulces y desafiantes pechos.

Se besaron las dos intercambiando las frases rutinarias y pocos minutos después desfilamos hacia el comedor luego de que el mayordomo nos hubiese obsequiado con aquella frase de película: «La cena está servida. Cuando los señores quieran...».

* * *

Hora y media después regresamos al salón, donde nos fue servido el café.

Richard se encargó de saber la clase de licor con que cada uno queríamos complementar la aromática infusión.

—¿Tienes una idea concreta de la línea argumental de tu obra, Telly? —se interesó Jennie cuando menos lo esperaba.

Seguí paladeando el café para darle tiempo a mi cerebro.

—Bueno..., la verdad, todavía no lo tengo claro. Trato de relacionar la verdadera razón de la existencia con los secretos del universo, con los fenómenos cósmicos, buscando en éstos y en función de ellos el origen de aquélla. Sostengo la teoría, equivocada o no, de que la vida es una prolongación en la tierra de nuestro génesis cósmico. O sea, que somos lo mismo que esos meteoritos que de cuando en cuando se desprenden del cielo a velocidad vertiginosa y que se desintegran dada la intensidad de su incandescencia antes de llegar a nuestro planeta e incluso antes de contactar con la atmósfera... con la única diferencia de que nosotros sí llegamos hasta aquí, hasta lo que conocemos por nuestro mundo. Es un tránsito cuya finalidad, hasta ahora, no he sabido concretar. En consecuencia, para mí, la muerte no es otra cosa que el retorno hacia la dimensión sideral de donde procedemos.

Los había dejado boquiabiertos, empezando por mi amigo Richard. Mónica también me miraba con sus orientales pupilas muy abiertas y asombradas mientras que Jennie, brillantes sus ojos

azabache, en lugar de asombro o estupefacción me enviaba el mensaje admirado, el mudo aplauso que rendía a mi supuesto talento de escritor.

No podía por menos que sentirme orgulloso por la habilidad que hasta el momento estaba evidenciando para caminar por el difícil laberinto en que Balding, los quinientos diarios, el talón de cinco mil y el bólido metalizado en gris me habían metido.

—¡Esa teoría es sensacional! —exclamó, convencida, la esposa de mi amigo.

—Lamento no poder alabarle como se merece, Telly —anunció Mónica con una sonrisa tentadora que me hizo sentir escalofríos hasta en el carnet de conducir—, porque tengo que admitir mi ignorancia acerca de un tema tan apasionante como complicado. Al menos para mí. Ya imagino que para usted debe resultar tan sencillo...

—¡Oh, no, no lo creas! —exclamé—. Y no sigas tratándome de usted —evité recordarle que cuando fuéramos presentados un par de horas antes me había tuteado—. La parapsicología...

—¿Por qué no dejas ese tema de conversación para cuando Jennie y tú estéis a solas? A vosotros os apasiona y a nosotros nos aburre.

—Tu forma de enfocararlo es brutal, Richard —le reprendió su maravillosa mujercita.

Balding iba a decir algo más cuando apareció uno de los miembros de la servidumbre para anunciar:

—Llaman al señor por teléfono. Es la línea tres que no tiene supletorio en la sala. ¿Digo que le llamen por la dos y recibe la comunicación en la sala?

—No, no es necesario, Mathias. Voy de inmediato a mi despacho. ¿Me perdonáis unos minutos?

En su casa todo el mundo es perdonado. Máxime cuando el perdón han de otorgárselo su esposa, su secretaria y un viejo amigo metido a investigador privado que trabaja para él a golpe de talonario.

Saqué mi pitillera y ofrecí tabaco a las damas.

Jennie declinó, aceptando Mónica, hasta la que me acerqué, pitillera en ristre. Extrajo del bolso, mientras yo me calaba un pitillo entre los labios, un precioso mechero con el que me brindó

lumbre. Al querer formar con las manos esa instintiva protección, que haga viento o no, los fumadores componemos alrededor de la llama que va a prender nuestro cigarrillo, tropecé con los dedos de la hermosa mujer y el encendedor se fue contra la alfombra.

Lo recogí, inclinándome con presteza. Me entretuve unos segundos con aquél, haciéndolo bailar sobre la palma de la mano al tiempo que comentaba:

—Es una diminuta maravilla.

Lo era. De oro blanco, labrado, con incrustaciones, a excepción de una franja completamente lisa, abajo, en la prolongación de la base y donde comenzaba uno de los laterales..., franja que no debía exceder de los siete milímetros y en la que estaban grabados dos minúsculos corazones, entrelazados y atravesados por la romántica flecha de cupido, seguidos por una inscripción que leí de soslayo: «R. B. a M. R. te amo». Y añadí a lo dicho antes al tiempo que se lo devolvía:

—Un precioso regalo, Mónica.

—De Robert, mi prometido —repuso ella—. Es oficial de la marina mercante. Creo que lo adquirió en Hong-Kong.

—¡Ah..., esos contrabandistas de uniforme! —bromeé.

Richard ya estaba de regreso.

—El más pesado de mis clientes quiere saber cómo están los planos de su futura residencia en Jersey City. No me deja vivir... ¡Qué ganas tengo de terminar con eso!

Volvimos, al igual que sucediera en el transcurso de la cena, a los comentarios intrascendentes, los formulismos, alguna que otra broma sin mayor finalidad que arrancar sonrisas fáciles y fue pasando la velada hasta que Mónica decidió ponerse en pie.

—Mañana tengo que madrugar —dijo—. Porque mi jefe es tan exigente en lo de la puntualidad que con él no me sirve de excusa ni el hecho de haber estado cenando en su casa.

Se despidió con dos sonoros besos de Jennie lo mismo que a su llegada, con un apretón de manos de un servidor y de Richard, no lo sé con exactitud, porque la acompañó hasta la puerta.

—¿Planes para el próximo amanecer? —me preguntó la sensacional Jennie, a quien por la indolencia con que estaba retrepada en la butaca y el sensual abandono de su escotado vestido

encontré más excitante que nunca.

—Dejaré que tú decidas.

Y me soltó de repente, dejándome de piedra, atónito, estupefacto, porque no lo esperaba y casi me había olvidado de ello:

—Te llevaré... *a la curva donde quiero morir*.

Si me pinchan en aquel momento no me hubieran podido hacer un análisis porque la sangre hubiese brillado por su ausencia.

—¡Je... nnie! —tartamudeé—. ¿Qué estás diciendo?

La vuelta al salón de Richard evitó la respuesta de ella que, con habilidad, alteró el curso de sus anteriores palabras.

—Le estaba diciendo a Telly, Richard, que mañana lo llevaré al lugar donde papá y yo jugábamos cuando era pequeña. Quiero ver si un escritor de materias esotéricas es capaz de deslizarse por un tobogán y de balancearse en un columpio.

Forcé una sonrisa porque no conseguía quitarme aquella frase de la cabeza: «... *a la curva donde quiero morir*». Y dije:

—¡Estás lista! Soy muy capaz hasta de jugar a la comba, de contar mientras tú te escondes y de decir aquello... «Pito, pito, colorito, ¿adónde vas tú tan bonito?...». —Y la respuesta que me vino con furia arrolladora al interrogante de aquella cancioncilla infantil, fue: «*A la curva donde quiero morir, ¡pim, pom, fuera!*». Volví a estremecerme y tuve que hacer un velocísimo quiebro mental para que ni él ni ella pudieran intuir lo que pasaba dentro de mi cerebro. Agregué—: Si de jugar se trata te voy a poner en evidencia, Jennie.

—Eso lo veremos mañana, Telly.

—¿Y si pensáramos en acostarnos? —preguntó Richard.

—Es una buena idea —acepté—. Aunque os parezca extraño suelo hacerlo casi todas las noches.

Empezamos a desfilar.

—Señor Crawford —me dijo el mayordomo—. Tenga la amabilidad de seguirme. Le acompañaré a su habitación.

Nos despedimos. Jennie volvió a besarme y yo la respondí sintiendo cómo llegaba hasta lo más profundo de mis entrañas el fuego que ardía en su boca.

La habitación que en aquel palacete tenían reservada para los invitados, dejaba en pelotas a la *suite* nupcial de un cinco estrellas.

Tardé en conciliar el sueño porque mi traidor pensamiento seguía recordándome: «Te llevaré... *a la curva donde quiero morir*».

Al fin, caí en brazos de Morfeo.

CAPÍTULO VI

Allí estaba, si.

La glorieta entre natural y artificial, el parque infantil de recreo con sus columpios, toboganes, juegos de anillas, pequeños laberintos, trampolines, cuerdas de nudos... el complejo divertido e infantil que Chad Stevens mandara construir para uso y deleite exclusivo de su pequeña Jennie.

Justo enfrente de la curva donde la ahora adulta Jennie... quería morir.

Sin embargo, aquella soleada mañana, mi «vigilada», parecía haberse olvidado de sus trágicos pensamientos. No había más que verla subida al columpio, feliz y sonriente, mientras yo le propinaba suaves empujones en la espalda...

—¡Más fuerte, Telly, más fuerte! Quiero volar. ¡Quiero sentirme libre como un pájaro!

¡Más fuerte! ¡No tengas miedo!

La obedecí.

Y la vi volar, sí, como un maravilloso pajarillo de plumaje multicolor y lujurioso. Quizá se trataba sólo de una asociación de ideas porque la indumentaria que encerraba escasamente su exuberante anatomía era todo un pregón de lujuria.

Una blusa roía como la sangre, sin botones, anudada por delante de su terso vientre y encima del gracioso ombligo, que dejaba al descubierto una ancha franja de su tórrida y excitante piel, hasta el comienzo del minishort gualda brillante que se adhería a sus poderosas caderas dejando a la intemperie sus muslos tropicales y la excelsa línea de aquel par de piernas ágiles que parecían la obra de un escultor.

Tan abstraído estaba observándola por detrás ya que su espalda

y el final de aquélla donde principiaban los contundentes glúteos eran tan agrestes y excitantes como la misma fachada, que amainé la velocidad que ella me había pedido segundos antes en los empujones.

Y cuando el columpio iba perdiendo inercia, Jennie, de súbito, se vino a tierra en ágil brinco, zigzaguéo por delante de mis sorprendidas narices y me dijo adiós abriendo y cerrando los dedos de la diestra mientras iniciaba una veloz carrera en línea recta hacia el frondoso bosque, perdiéndose entre los recios troncos de los arbustos antes de que yo hubiera tenido tiempo material de reaccionar.

¡Si sería diablillo!

Salí tras ella como una exhalación.

Pero como me llevaba una sustancial ventaja me hizo sudar de lo lindo, serpenteando entre árboles y más árboles hasta que conseguí... hasta que dejó, mejor dicho, que le diera alcance.

Estaba detenida, agitada, frente a un arbusto. Sus pechos subían y bajaban violentamente por el esfuerzo realizado que imprimía a su respiración una fatiga que era la que mecía sus senos maravillosos. El cabello oteaba al compás de la brisa y su vientre también se movía perceptiblemente por el derroche de energías efectuado.

La miré con notable e inquisidora fijeza.

Porque estaba luchando contra el deseo primitivo de irme hacia ella y empezar a desnudarla. Era tan excitante su postura, la movilidad de sus carnes, el embrujo tórrido de su cuerpo joven y exuberante... que tuve que repetirme machaconamente que era la esposa de mi amigo Richard Balding quien me había contratado para evitar que aquella armoniosa maravilla de carne se suicidara.

Me preguntó de repente:

—¿Verdad que me estás deseando, Telly?

¡Si sería...! ¿Qué le contestaba yo ahora?

La verdad.

—Sí...

Como si dentro de su cuerpo agresivo hubiera estallado un vendaval de pasión se abrazó en la medida que la anchura del tronco se lo permitía, al arbusto, iniciando unos movimientos ondulantes contra él que encendieron todos los sentidos lo mismo

que si me estuviesen quemando cada uno con una antorcha llameante.

—¿Mucho, Telly?

Y proseguía en su ancestral entrega hacía el árbol.

Avancé.

—¿Qué te propones, Jennie?

Se fue hacia atrás, disparada, muy abiertos sus maravillosos ojos color noche, como si el tronco, ahora, le inspirase un terror tan brutal como incomprensible.

—¡Telly, Telly...! —exclamó.

Estaba por completo desconcertado, ¡lo juro por Dios!

—¿Qué sucede, pequeña?

—¡Aquí, aquí...! —exclamaba entre nerviosas convulsiones.

—Aquí..., ¿qué?

—¡Aquí... nací yo!

Aquella mujer, por hermosa y deseable que fuera, por excitantes que fuesen los pródigos encantos que le había regalado la naturaleza, estaba loca. ¡Loca de atar!

Sin tiempo a que yo efectuase una nueva pregunta porque reaccionar con rapidez frente a la desconcertante actitud de ella me resultaba prácticamente imposible, extendió el brazo derecho al frente, hacia afuera del tupido entramaje que componían los arbustos, queriendo señalar la lejana curva, y volvió a exclamar:

—¡Y allí... moriré!

Había nacido en el tronco de un árbol e iba a morir en una curva. Y yo, iba a cursar una solicitud urgente, pidiendo plaza voluntaria en el centro psiquiátrico que tuviese más cerca y donde me garantizasen que me iban a fijar contra un muro con sólidas cadenas. Con la impaciencia y velocidad desconcertantes que imprimía a cada uno de sus movimientos, echó a correr de nuevo bosque adentro, gritando:

—¡Me voy al lago! Debo ahogarme primero..., *pero viviré*. Mi muerte no está en el lago.

¿Que debía ahogarse primero, que su muerte no estaba...?

Salí disparado como una flecha en su persecución.

En medio del enorme claro que en un punto determinado de aquel frondoso laberinto de troncos y verdor formaban los severos y silenciosos arbustos, estaba el lago. En realidad se trataba de un

vasto estanque circular, de amplísimo diámetro, que seguramente Chad Stevens mandó construir en su día para que la pequeña Jennie se bañase cuando su piel transpiraba a causa de la fatiga del fuego.

Pero ahora, el agua que cubría la circunferencia, era para bañarse un adulto... y para ahogarse a juzgar, a simple vista, por su profundidad.

Llegué en el momento que ella volaba hacia el fondo, salpicándome con el pequeño diluvio que desplazó su cuerpo, el cual, siempre excitante, iba siendo engullido entre burbujas y espirales por las aguas hasta entonces tranquilas.

—¡Jennie! —grité—. ¡Deja ya de hacer tonterías! ¡Sal de ahí! ¡Sal inmediatamente! No.

No salía.

Ni desde arriba se observaba el movimiento del líquido elemento que hubiera sido perceptivo de estar ella buceando bajo el nivel del agua, o nadando por debajo del mismo.

La superficie del artificial lago cobró una quietud escalofriante. Las aguas, tan siquiera ondulaban.

—¡¡¡JENNIE!!! —bramé con más rabia que furia.

Y me fui de cabeza al estanque.

Braceaba con bestiales mazazos, ladeaba la cabeza para mantener la respiración cuando, de soslayo, capté su febril y armónica silueta, emergiendo del fondo, subiendo por una de las escalerillas situadas frente por frente y fijas a la pared circular del estanque.

Ya arriba, me sonreía burlonamente. Y me mostraba el tubo de plástico azulado —que el color del agua había hecho invisible a mi mirada— que le sirviera para mantenerse en el fondo y llenar de aire sus pulmones.

Su escasa indumentaria que ahora la humedad incrustaba materialmente contra sus carnes tropicales y deseables, la convertían en un prodigio de pagana tentación, en un bramido de pasión, en un vendaval de lascivia que a punto estuvo de arrollarme de no ser por lo cabreado que estaba a causa del monumental susto que acababa de propinarme.

Me planté junto a ella.

—Debería abofetearte hasta que me dolieran las manos.

—Si ello te hace sentir más tranquilo, ¡adelante! Te prometo no

defenderme ni evitarlo.

Y pasó ambas manos por detrás de la espalda ofreciéndome, desafiante, las mejillas.

Me desarmó. ¡Si lo sabría ella!

—Jennie..., ¿por qué ese empeño pertinaz de jugar con la muerte?

Sus facciones palidecieron bajo una pincelada extrañamente sombría y las pupilas fueron vagando por el aire azul hasta perderse en un punto tan ignoto como lejano y misterioso.

—Porque tengo que morir, Telly —recitó cual oración fúnebre—. Pero me siento inmensamente feliz porque soy el único ser de este planeta que lo sé.

—Todos sabemos que vamos a morir.

—Yo sé cuándo y cómo —siguió musitando con expresión ausente—. He podido elegir, Telly. Conozco... *la curva donde quiero morir*. Donde... *voy a morir*.

—¡Por Dios santo, Jennie! ¿Es que quieres volverme loco?

Parpadeó, aleteando sus largas y rizadas pestañas, lo mismo que si regresara de un lugar perdido en los abismos del más allá en el que reinase una oscuridad impenetrable, un extensísimo manto de interminables tinieblas, y ahora, le costase un enorme esfuerzo que sus ojos se acostumbrasen a la luz del sol.

—Tanto me deseas que vas a volverte loco.

¡Santo cielo!, ¡parecía no recordar nada de lo que acababa de suceder, de lo que había dicho...! Porque sus pupilas me miraban con leve desconcierto y con un fulgor que, pese a lo que estaba ocurriendo, pese a mi total desorientación y pese a que era la mujer de un amigo que confiaba en mí y me la había confiado para evitar..., pese a todo aquello, el brillo de sus ojos azabache, tan mudo como elocuente, tan silencioso como explícito, me hizo estremecer.

Porque lo intuí y porque el presentimiento se acentuó con fuerza arrolladora borrando de mi mente toda fibra de cordura y razón... *conforme ella, muy despacio, comenzaba a deshacer el nudo de la blusa color sangre*.

—Lo necesito... —murmuró.

Estábamos tendidos sobre la hierba fumando con perezosa languidez.

Relajándonos.

Tras expulsar una tupida bocanada de humo cuyas espirales se fueron diluyendo en la fragancia de la atmósfera que nos cobijaba con su pincelada de verde complicidad, inquirió:

—¿Por qué no me hablas de tu libro, Telly?

Tiré el cigarrillo no sin antes asegurarme de que caía fuera de cualquier grupo de matojos o hierbajos secos.

—Lo tengo muy difuso todavía. Es una sucesión de nubes vagando por el cielo infinito, que se pierden, vuelven a encontrarse, pero no se anudan para estallar entre sí y enviarme la lluvia copiosa de la inspiración.

Se apoyó sobre uno de los codos para alzarse levemente y ladear el tronco para poder mirarme con fijeza. Volví a notar que me estremecía. Sensación que fue en aumento cuando oí decir:

—¿Por qué esa mentira, Telly?

Solté un respingo.

—¿Mentira? ¿De qué mentira estás hablando?

La vi sonreír con picardía.

—De la que se ha montado un detective con oficina en South Brooklyn; Sullivan Street concretamente, que jamás ha estado en una abandonada mansión de Bakersfield, tan siquiera en California, que no piensa escribir nunca un libro de los misterios de la vida y la muerte y cuya única y exclusiva finalidad aquí... *es impedir que yo, Jennie Stevens, me vaya al vacío por la curva donde quiero morir*. Lo has hecho..., lo estás haciendo muy bien, Telly —me dijo, acariciándome el rostro—. No es tu culpa que yo desconfíe de todos y cada uno de los movimientos de mi marido y lo haga vigilar por un colega tuyo. Pero tanto la intención de Richard al contratarte como tus buenos deseos de profesional están condenados al fracaso... *La curva donde quiero morir me llama y nada ni nadie van a evitar que salte por ella al vacío y del fondo, emerja velozmente para perderme en el espacio inmenso del cosmos. Vagaré por él hasta...*

—¡Jennie, Jennie, por Cristo del cielo! Renunciando a desmentir lo que ella tenía bien claro y comprobado, al contrario, aceptándolo y dispuesto a jugar mis cartas boca arriba. Tú crees en Dios, eres católica...

—Dios es quien me ha dicho que papá me necesita y debo reunirme con él lo antes posible.

Di un puñetazo en la hierba haciéndome daño en los nudillos que se tiñeron de verdor.

—¡Jennie! —exclamé por decimonona vez—. Tú sabes que eso no es cierto. Dios no nos habla de la muerte, sólo la dispone cuando decide que ha llegado el momento.

—Yo soy distinta, Telly. —Y me besó en la boca—. Dejemos eso, te lo ruego. Haz tu trabajo si quieres, o inténtalo. No le diré a Richard que lo sé... Ya lo hubiera hecho antes de llegar tú. Olvídalo...

Volvió a tentarme con el desabrochado de aquella sugestiva blusa.

CAPÍTULO VII

Ante Richard guardé absoluto silencio acerca del hecho de que Jennie sabía quién era yo y el porqué de mi estancia entre ellos. Consideré —con buen o mal criterio— que hablándole de ello en nada mejoraba la situación y si podía contribuir a aumentar sus temores y preocupaciones al respecto.

Durante los cuatro días que siguieron todo se desarrolló con una normalidad casi inquietante. Jennie Stevens se comportó en todo instante con la mayor de las lógicas y en ningún momento hizo mención de sus tendencias suicidas ni habló tampoco de aquella curva fatídica en la que, al parecer, había decidido morir.

Los dos juntos paseamos por Nueva York, visitamos inclusive bibliotecas y museos, asistimos a algún partido de béisbol, fuimos en varias ocasiones al frondoso bosque donde se hallaba el estanque y en él nos sumergimos y al salir de él se fue prolongando la intimidad iniciada en aquel mismo lugar el primer día. Mantenía una lucha continua por lo que consideraba una cobarde traición al amigo que confiaba en mí..., pero Jennie y su cuerpo maravilloso absorbían mis sentidos, los diluían, los estrujaban hasta hacer de ellos pedazos y entonces prevalecía el instinto primario y primitivo que me empujaba arrolladoramente hacia ella, para poseerla, viendo cómo se me entregaba, cómo me rendía complacida y sin condiciones, aquel cúmulo de prodigios y deseables encantos en los que al unísono saboreábamos el éxtasis de la pasión.

Conforme avanzaban los días me di perfecta cuenta que entre Jennie y yo existía algo más que el simple hecho de un contacto físico e intrascendente, algo superior al estallido de un deseo, algo más importante que la consecución de un elemental desahogo físico. Comprendí..., y ella también, que una mutua corriente de

simpatía y una conjunción de ideas y criterios nos llevaba en volandas, sin saberlo al principio, hacia el sendero romántico de un común cariño. En pocas palabras y con claridad: Jennie se estaba enamorando de mí y yo de ella.

Eso me quitó el sueño. Quise buscarle justificación a aquella difícil circunstancia que venía a complicar mucho más las cosas, pensando que si nuestro amor servía para borrar de su mente los funestos pensamientos que albergaba evitando que aquel suicidio que perseguía su subconsciente se convirtiera en una trágica realidad... ¡bien venido fuera!

Tiempo habría para dar explicaciones a quien tuviera que escucharlas.

Pese a todo lo expuesto no me olvidé de telefonear diariamente a Peggy. La tarde del quinto día efectué una escapada a su apartamento.

Al abrir la puerta y mirarla en silencio la encontré tan preciosa como siempre. Dentro de aquel jersey sin mangas de franjas azules y blancas sus pechos, levemente agitados por el nerviosismo y la satisfacción que le producían verme de nuevo y saberme a su lado, eran dos volcanes candentes puestos a vomitar chorros de lava apasionada que acabaron excitando y alterando mis constantes sexuales. La ancha falda *beige* con que complementaba su atuendo dejaba que en su interior las caderas cobrasen libre movilidad y giraran rotundamente, ondulantes, mientras ella me precedía hacia el *living*.

—Te he echado mucho de menos, Telly. Creí que no ibas a venir —suspiró, dejándose caer en una de las butacas.

Intentando zafarme a los nubarrones con que el deseo enturbiaba mi mente, cambié el curso que intuía iba a seguir nuestro diálogo, preguntando:

—¿Alguna novedad por la oficina?

Negó con su pelirroja cabeza.

—Nada. Bueno, la «plomo» de la Pleasence ha ido un par de veces para saber si trabajabas en lo de su fiel Gene, e he dicho que estabas dedicado a ello en cuerpo y alma.

A propósito de eso..., ¿cómo están tu cuerpo y tu alma?

Había que definirse. Peggy no me daba opción.

—La segunda escapándoseme de continuo en busca de la tuya...,

el primero, deseándote y esperando el momento de fundirse dentro del tuyo.

Y en el fondo era sincero. Sin que por ello pudiese borrar de mi pensamiento los deliciosos momentos de intimidad que estaba viviendo junto a Jennie... y aquel sentimiento que había nacido entre ambos con fuerza arrolladora.

Estaba siendo muy poco noble, cruel diría yo, con Richard Balding y Peggy Wabash. Y eso, empezaba a torturarme.

—¿Estás seguro?

¡Maldita sea! Parecía empeñada en leer mi pensamiento.

—¿Por qué no había de estarlo?

—Sigues empeñado en eludir la responsabilidad respondiendo con interrogantes a las preguntas, ¿eh, Telly?

—Tienes una especial predisposición a complicar todo aquello que es sencillo. ¿Tan difícil te resulta admitir las cosas como son?

Vino a mí para besarme en la boca, hecho que acepté complacido y al que correspondí con prolongada vehemencia. Cuando deshicimos el nudo en que habían quedado nuestras lenguas y los alientos se distanciaron, la oí decir:

—Será porque cada día estoy más enamorada de ti y eso me hace ver fantasmas por todas partes.

—Llevas un jersey precioso, Peggy.

—¿Me estás insinuando algo? Sé *cruel* y dímelo con claridad.

Sonreí, tomándola por los hombros al tiempo que la traía hacia mí para sentir el dulzón y cálido contacto de sus carnes prietas y juveniles contra las mías... notando que mi excitación iba precipitándose hacia un vertiginoso *in crescendo* sensual al percibir el golpeteo acelerado, contra y casi dentro de mi tórax, de sus senos altivos y palpitantes.

Susurré junto a una de sus tersas orejitas:

—¿Debo ser muy *cruel*?

—Muchísimo. Casi *sádico* te pediría yo.

—Eres el mismísimo diablo...

—¿Me pones cuernos acaso?

—El diablo de la carne, el diablo de la tentación, el diablo al que yo deseo vender mi alma y regalarle mi cuerpo...

Noté cómo se estremecía entre mis brazos porque las palabras que yo derramaba casi en el interior de su oído, empezaban a

trastornar sus sentidos.

—¿Y qué hay de ese jersey mío que te parece precioso, Telly?

—Es un bonito detalle aleatorio que como todos los detalles aleatorios... estorba. Está de más.

Ella hizo, en un abrir y cerrar de ojos, que estuviese de menos.

—El diablo está contigo.

Lo estaba, sí. Y me fui con él a un delicioso y singular infierno donde las llamas no quemaban, pero sí enardecían.

En aquellos instantes estaba más que justificado el que Adán, en su día, hubiese cogido un empacho de manzanas.

CAPÍTULO VIII

Se cumplía el quinto día de mi estancia en el palacete de los Balding.

Aquella mañana madrugamos más de lo normal porque habíamos quedado con Jennie, la noche anterior, que me llevaría a visitar la ermita situada en lo alto de las montañas que rodeaban la pequeña ciudad de Reading —me dijo que distaba unos doscientos cincuenta kilómetros aproximadamente y que nos quedaríamos a comer allí—, lugar donde ella y Richard habían contraído matrimonio.

Mc la encontré en la replaceta que frente a la entrada principal de la mansión empleaban como *parking* pese a disponer de un magnífico garaje, cosa obvia en una residencia tan completa como aquélla, corriendo como una chiquilla entre los cuadros de flores y los rectángulos de césped.

—¡Eh, dormilón! —me gritó a manera de saludo, agitando su diestra en el aire—. Creí que no bajabas nunca.

—Es que para las sábanas soy como para las abejas la miel. Se me pegan que es un gusto.

Observé que Jennie había sustituido sus habituales atuendos deportivos por el traje de chaqueta elegante con falda de tubo ajustada, de color gris merengue que, como cualquier trapo que se pusiera sobre su voluptuosa geometría, le sentaba de perlas.

Vino a mi encuentro al trote, corriendo con anárquicos movimientos, y se me antojó como un potrillo juvenil y juguetón que ansiaba complacer a su amo haciendo las mil difíciles cabriolas.

Casi no podía hablar por lo alterado de su respiración. No pude evitar que mis ojos se clavasen en el rítmico vaivén de sus pródigos senos.

—Derrochando vitalidad de buena mañana, ¿eh?

—¡Tengo..., tengo ganas... de jugar!

—Las chiquillas siempre las tienen.

—¡Oye...! ¿Te acuerdas de lo que dijiste la primera noche, en el salón, después de tomar café y antes de acostarnos?

—¿Qué te dije?

—Que eras capaz de contar mientras yo me escondía.

—¡Si serás cría! —exclamé.

—Claro que lo soy. Y quiero que cuentes hasta cincuenta con los ojos bien cerrados y de cara a aquel árbol mientras yo me escondo, ¿vale?

—Si eso ha de hacerte feliz... —Y me fui hacia el tronco del arbusto al que había extendido su mano, poniéndome de espaldas a ella empezando a contar en voz alta—: Uno, dos, tres, cuatro... dije «veinticinco» y...

Y escuché el potente revolucionar del motor de un automóvil que se alejaba velozmente por el sendero que serpenteaba por el frondoso jardín que daba marco circundante al palacete, en dirección a la carretera.

¡Maldita puñetera! ¡Me la había jugado! ¿Cómo podía ser yo tan idiota?

Salí disparado en busca de mi coche, convencido y convenciéndome, mientras corría como una centella, de que gracias a la velocidad que era capaz de desarrollar el bólido que me regalase Richard, muy superior a la máxima que pudiera alcanzar el Ford que tripulaba Jennie, la alcanzaría sin demasiadas dificultades antes de que ella llegara al punto fatídico donde se dirigía.

Porque estaba seguro, desgraciadamente seguro, de que Jennie Stevens había puesto proa a la... *curva donde quería morir.*

Cuando el morro de mi Abarth modelo

OT-1300

del 70, metalizado en gris, asomó a la carretera y giró con brusquedad hacia la derecha obedeciendo la acción precipitada que mis manos ejercían sobre el volante, distinguí, a lo lejos, una mancha negruzca, una diminuta hormiga que volaba por el asfalto alejándose como una exclamación.

—Cuando te coja... ¡juro que te voy a calentar las nalgas y no como a ti te gusta!

Mi pie derecho pisaba el pedal del gas al tiempo que el izquierdo hundía el pedal en el embrague, mi mano le daba vida al cambio de marchas y el bólido con un suave respingo se lanzaba lo mismo que un proyectil en persecución de aquel puntito negro en que había convertido el Ford que pilotaba ella.

Comenzaron las malditas curvas.

Era un continuo desembragar y reducir, un verdadero alarde de facultades al volante, conservar sobre aquel trazado una velocidad media que me permitiera superar la suya sin salirme de la cinta encharolada por la que se perdían mis ojos tratando de encontrar, de un momento a otro, mayor proximidad con el coche que me precedía.

¡Lo vi más cerca, cada vez más cerca, sí!

Jennie no podía permitirse con el Ford ni las filigranas ni el avanzar centelleante que yo le imprimía al Abarth.

Le iba comiendo el terreno por segundos cuando...

¡Cuando el bólido, incomprensiblemente, comenzó a perder velocidad!

¡Pero...! ¿Qué diablos le estaba sucediendo al motor?

Mi pie seguía pisando, hundiéndose contra el acelerador... ¡y la marcha continuaba remitiendo! Y... ¡el Ford se alejaba, se perdía de mi campo visual, se me descolgaba peligrosamente!

¡Santo Dios! ¿Qué le ocurre al todopoderoso Abarth? ¿Por qué su velocidad iba amainando paulatinamente?

Creí estarme volviendo loco porque no hacía más que gestos patéticos e incluso apartaba las manos del volante —olvidando que las curvas seguían sucediéndose una tras otra— para clamar al cielo con urgente desesperación.

Saltó el vehículo sobre un cambio de rasante y apareció el declive del trazado en donde por virtud de la inercia —que no por la presión frenética con que la suela de mi zapato se incrustaba encima del gas— el coche incrementó la velocidad...

Era un tramo recto de unos cinco kilómetros, al final de los cuales, el borrón negro y difuso del Ford acababa de ser engullido por una curva.

Y después de aquella...

¡No, Dios mío, no!

Quise pensar que no era verdad, que Jennie estaba jugando

conmigo, que sólo quería darme un susto fenomenal y luego reírse de mí a carcajadas limpia.

¡Pero...! ¿Por qué aquel maldito coche seguía perdiendo velocidad? ¡POR QUE, MALDITO FUERA!

Tenía el corazón en la garganta, palpitando muy cerca de la boca, seguro y convencido de que iba a vomitarlo cuando aquel endemoniado cacharro se decidiera asomar a la... *curva donde Jennie quería morir.*

Y asomamos al fin, sí. Tras unos minutos desesperantes en que la asfixia taponó mi gástrico y la falta de aire amenazó con estallar mis pulmones y sienes.

Los nervios parecían cuerdas de acero tensas, cables de una poderosa grúa cuyo gancho final trataba de engarfiar y levantar aquel Ford que imaginaba ya saltando...

¡Que estaba realmente saltando al vacío!

¡Que se perdía por el abismo abierto bajo la margen izquierda de la curva donde ella deseaba morir!

Machaqué el freno, sin pensar que bastaba con soplarlo para detener aquella mierda espectacular de coche que me había dejado tirado en el momento crítico, en el instante más crucial de mi existencia, saltando a tierra para correr desesperado hacia el borde del abismo... ¡iluso de mí!, como sí me fuera posible tender los brazos y recoger aquella pelota de hierro que giraba en el aire trágicamente estrellándose contra las agudas y sobresalientes aristas de las rocas, rebotando de una a otra como un desmadejado muñeco de trapo, perdiéndose en aquel interminable abismo..., ¡saltando, saltando, saltando y rebotando!

Con ojos desorbitados, sin aliento, con los pulmones rehinchados y al borde del estallido, observé la última y trágica pirueta del Ford antes de que se estrellara definitivamente en el fondo del agónico precipicio... antes de la horrrisona explosión que pareció estallar a escasos milímetros de mis oídos y del súbito elevarse de llamas gigantescas que lo absorbieron como si de aguas cenagosas se tratasen hasta reducirlo a un montón de hierros retorcidos, negruzcos y humeantes, entre los cuales estaba consumiéndose el cuerpo exuberante y sensual de Jennie Stevens.

—Lo has conseguido... —musité con ronco acento, con un tono de voz que no era el mío—. Te has ido por... *la curva donde querías*

morir. Que Dios te perdone.

Y caí de rodillas apretando la palma de ambas manos contra las sienes en absurdo y desesperado intento de aplastar mi cabeza.

—¡Por qué...! ¿Por qué, Señor, por qué?

Estallé en amargo llanto mientras comenzaba a lamentar, a maldecir sonora y brutalmente lo que había aceptado como el gran caso de mi hasta entonces monótona vida profesional.

Lloré mientras añoraba a los cornudos que pagaban cien dólares y a la pesada de la Pleasence preguntándome si su

play-boy

volvería junto a ella.

Lloré mi impotencia, maldije mi estupidez por haber caído en la trampa infantil que Jennie me tendiera, me excrementé una y cien veces en los progenitores de Andrew Feldush, el larguirucho y desgarrado propietario del establecimiento de compraventa de donde saliera aquél... —«Le he preparado algo verdaderamente especial..., algo que estoy seguro le encantará»—, de donde me había llevado satisfecho y sonriente aquella caca con ruedas culpable con su fallo mecánico de que Jennie estuviera allá abajo, en el fondo del precipicio, abrasada entre hierros, chamuscada, convertidas sus carnes pletóricas en un muñón negro y retorcido...

Lo maldije todo y los maldije a todos... a cuantos consideraba culpables, cuando el único y exclusivo culpable era yo, Telly Crawford.

Un estúpido detective muerto de hambre que no había sabido responder a la confianza que Richard Balding depositara en mí, que no había hecho honor a la eficiencia profesional y sentido de la responsabilidad que era de esperar en quien había aceptado una misión concreta y definida a cambio de quinientos al día y una entrega inicial de cinco mil.

Maldije y volví a maldecir.

Pero aunque me pasara el resto de mis días, de rodillas frente al borde del precipicio, jurando y volviendo a maldecir, Jennie Stevens no volvería al mundo de los vivos... *porque su padre ya le habría rendido la mano para que pudiera levantarse con mayor facilidad del precipicio que había buscado a través de la curva donde quería morir.*

Una curva que a partir de aquel instante quedaría grabada en mi

mente a sangre y fuego.

Ignoro el tiempo que seguí allí, arrodillado, e ignoro también si cuando agoté mi rosario de maldiciones fueron rezos piadosos por el alma de Jennie lo que brotaron de mis resechos labios.

* * *

La residencia de los Balding se había convertido en una enorme y sombría necrópolis. Un silencio de sepulcro presidía las acciones de cuantos allí nos encontrábamos. Las respiraciones estaban contenidas y hasta la servidumbre evitaban mirarse entre ellos cuando se cruzaban por los pasillos, inclinadas las cabezas, oscuros los semblantes, inmersos todos en la tragedia que nadie, ni yo mismo, era capaz de asimilar.

El mayordomo atendía personalmente la catarata de llamadas telefónicas que se producían una tras otra sin apenas dar tregua, sin permitir que el estoico fámulo tuviese apenas tiempo de colgar el auricular.

Y repetía lo mismo con voz impersonal, monótona:

«Lo siento, no puedo pasarle su llamada al señor. Los médicos lo han prohibido terminantemente. ¿Cómo...? Sí, el sepelio tendrá lugar en el cementerio privado de la familia Stevens. Esté tranquilo, cuando el señor se recupere de la crisis le haré saber que usted ha llamado. Sí, sí, en su nombre y en el mío propio le agradezco sus condolencias». Condolencias, pésames, llamadas y más llamadas...

Le insistí una y otra vez al médico que como un perro guardián atendía a Richard habiendo ordenado que uno de los servidores se plantase en la puerta impidiendo el paso de quien fuese, y al fin, logré ablandar su profesional corazón.

—Sólo unos minutos —me dijo.

Entré en la alcoba.

Estaba tendido sobre el lecho, boca abajo, brazos en cruz casi colgando sus manos por fuera de la cama.

—Richard... —musité.

Ladeó la cabeza.

—Telly...

—¡Te juro por Dios que no he podido evitarlo!

—Lo sé, lo sé, no te atormentes...

Y con dificultad, lo mismo que un viejo de ochenta años, salió de la cama y vino a mi encuentro. Nos fundimos en un abrazo. Escuché sus sollozos que eran como agudos estiletes que perforaban mi alma produciéndome desgarros sangrantes, noté cómo me estrujaba lo mismo que si quisiera fundirse dentro de mí...

—¡Se ha ido Telly..., SE HA IDO PARA SIEMPRE! ¡La he perdido! ¡No volveré a verla nunca más!

No pude pronunciar ni una frase de consuelo porque me derrumbé como una criatura, me vine abajo sin que nada pudiese evitarlo y compartí, hombro con hombro, fundidos en aquel abrazo patético y emotivo, la desesperación y el llanto amargo de mi viejo amigo de Escuela Superior hasta que nuestras lágrimas, copiosas y abundantes, corrieron paralelas por un mismo cauce de húmeda impotencia.

Lo suyo le costó al doctor Manninger deshacer aquel férreo abrazo que comunicaba la trágica corriente de nuestros sentimientos.

* * *

El cementerio privado de la familia Stevens, encuadrado en los aledaños del palacete por medio de una verja de hierro forjado, con amplio portalón de artístico acento fúnebre, era un auténtico hervidero de figuras enlutadas que se arremolinaban en las inmediaciones de la abierta fosa, a cada lado de la cual, veíanse los montículos de tierra que esperaban caer sobre el ataúd cuando éste descendiera al fondo de la sepultura.

Familiares, amigos de las dos familias, algún que otro periodista de la columna de ecos de sociedad de los principales rotativos de la urbe, clientes y colaboradores de Richard Balding, yo con Peggy aferrada a mi brazo derecho como tratando de infundirme valor y confianza...

Éramos la corte lúgubre que acudía a despedir a la mujer que decidiera poner fin a su vida —para todo el mundo había sido un accidente— saltando al vacío desde el borde de aquella curva, donde según ella, se había iniciado su vida y a la que había acudido a encontrar su muerte.

El padre Grien, un vulnerable anciano que ya rebasaba la

frontera de los ochenta, y que era director espiritual de los Stevens desde los primeros años de juventud del fallecido Chad, sosteniendo el ritual de exequias entre sus manos y sostenido por dos criados se acercó a bendecir el sepulcro en medio del general silencio, pronunciando las siguientes palabras:

«Padre, tu justicia condenó a muerte al hombre, pero tu amor le iluminó el camino de la penitencia con esperanza de resurrección.

Recordando el sepulcro que en la tierra prometida diste a nuestro Padre Abraham, recordando el sepulcro que para el Señor mandaste preparar a José de Arimatea, te bendicimos, Padre, y nos atrevemos a pedirte con el corazón arrepentido y esperanzado, que bendigas este sepulcro, y a tu sierva Jennie que va a yacer en él, le alcance la redención por ti anunciada.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor».

Y cuantos allí estábamos congregados respondimos con un quedo y fúnebre:

—Amén.

Acto seguido, los cuatro hombres, dos por lado, que mantenían tensas las cuerdas pasadas bajo el ataúd de caoba, iniciaron el descenso de aquél en el interior de la fosa. Los suspiros, murmullos, rezos y lágrimas se confundieron hasta materializar la tenue salmodia que era como el arrullo postrero en que tratábamos de mecer a Jennie. El reverendo Johnson Grien con perceptible temblor en los dedos que sostenían el libro, una vez el féretro hubo sido depositado en el fondo de la sepultura, desgranó:

—Dios ha querido, en su providencia, llamar junto a sí a Jennie, hija suya de adopción por el Bautismo. Su cuerpo, que ahora estamos sepultando, un día resucitará y florecerá eternamente en una nueva vida. En la esperanza cierta de esa vida, en la que confiamos ha entrado ya, supliquemos a Dios para que consuele a sus deudos y familiares y nos mueva a todos a desear siempre el cielo.

Volvió a repetirse un murmullo de oraciones y, a renglón

seguido, un primo hermano de Jennie se acercó al borde de la sepultura y pronunció las siguientes palabras:

—Antes de separarnos, permitidme unas frases de despedida y agradecimiento en nombre de todos los familiares de nuestra querida Jennie. Vuestro acompañamiento y vuestra presencia aquí, expresan, en primer lugar, la estima que nos profesáis. Pero especialmente os queremos agradecer vuestra oración sincera, porque nos consuela compartir con vosotros, a pesar de todas las oscuridades, la fe en la resurrección futura.

Y al término de su breve parlamento tomó un puñado de tierra arrojándolo sobre el ataúd.

Empezó el desfile, los abrazos, los pésames, mientras las paletadas de tierra y grava repiqueteaban con tétrico estrépito encima del féretro donde, entre sus paredes de caoba, yacían los despojos de una hermosa mujer cuya muerte, yo no había sido capaz de evitar.

Quise acercarme a la fosa, quise también abrazar a Richard, pero una extraña sensación de asfixia y culpabilidad al mismo tiempo, me lo impidió. Sentía los latidos de mi corazón desbocado golpeando cual fúnebres y acusadores aldabonazos contra mi pecho.

La cabeza me hervía, las sienes parecían quererme estallar y notaba las mejillas llameantes, ardientes, el rostro congestionado...

Peggy, consciente de la terrible batalla que se estaba librando en mi interior, me tiró de un brazo arrastrándome hacia la salida del cementerio.

—Vamos, Telly —me susurró con voz suave y acariciante—. Todo es inútil. Creo que lo fue desde el día en que ella se propuso morir.

—¡Yo tenía que impedirlo!

—Tú eres humano, no Dios. Deja de torturarte ya. Quizá Jennie haya encontrado la felicidad que pretendía al encontrarse con su padre.

Aquello a mí no me consolaba.

¡Maldita la hora en que Richard me telefoneó y yo acepté!

¡Maldito mil veces aquel... que yo suponía el caso de mi vida!

CAPÍTULO IX

Decidí mantener la oficina cerrada por algún tiempo.

Estaba deshecho, desolado, con la moral rota y mi estado de ánimo era el de quien presenta un claro cuadro depresivo con alteraciones frecuentes del sistema neurovegetativo.

Por la noche me costaba una enormidad conciliar el sueño y cuando lo conseguía, era para caer en profundas pesadillas en cuyo transcurso se me presentaba una y otra vez, con escalofriante crudeza, la secuencia del Ford precipitándose al vacío por aquella curva fatídica.

En otras ocasiones veía a Jennie junto a mí, corriendo por entre los arbustos del bosque situado a espaldas de aquel parque infantil que su padre mandara construir exclusivamente para ella; Jennie me hablaba con la mayor naturalidad del mundo, jugábamos, nos íbamos acercando, se creaba alrededor de nosotros aquel clímax que nos había llevado en varias ocasiones a hacer el amor y, de súbito, la oía decir con voz ronca y sentenciosa:

«... La curva donde quiero morir me llama y nada ni nadie van a evitar que salte por ella al vacío y del fondo, emerja velozmente para perderme en el espacio inmenso del cosmos. Vagaré por él hasta...».

Entonces yo gritaba desesperadamente, me incorporaba en el lecho, miraba a mi alrededor con ojos desorbitados esperando encontrar a Jennie en la oscura soledad de mi habitación... y me daba cuenta de que estaba solo, de que había sido otra vez la pesadilla, de que estaba sudando copiosamente y de que mi sudor era tan frío como la misma muerte.

Se lo dije a Peggy y ella me rogó que fuera a vivir a su apartamento. Lo hice porque necesitaba no sentirme solo. También

me aconsejó:

—¿Por qué no visitas a un psiquiatra, Telly?

Me encogí de hombros con cierto escepticismo. No porque me preocupase el hecho en sí de acudir a un especialista de la psiquis —eso lo tenía superado y también la opinión de los demás al respecto—, sino porque estaba convencido de que pocas soluciones iba a aportarme la referida visita.

De todas formas respondí:

—Es posible que acabe por hacerlo.

Habían transcurrido diez días y yo ni había conseguido hacerme a la idea de que Jennie estaba muerta, ni podía sustraerme al trauma que me había producido la visión de aquel coche saltando al vacío y dando tumbos y volteretas, girando como una noria alucinante, como un enorme y negro escarabajo, rebotando de roca en roca hasta producirse el estallido final y el alud de llamas que lo envolvían.

La tarde en que Peggy —creo que habían pasado doce fechas del día del accidente— vino de recoger el Abarth, ¡maldita la hora en que lo aceptara!, del taller, me dijo al entrar en el *living* y encontrarme, como siempre, derrumbado en una butaca con la mirada al frente, pero perdida en un punto indefinido, inexistente:

—Me ha dicho el mecánico que los que no tienen zorra idea de lo que es el motor de un coche deberían meterse las manos en los... Bueno, ya sabes dónde, ¿no?

—¿Cómo...? —Parpadeé, arqueadas las cejas, como si de repente hubiese caído de una nube—. ¡Ese tío es un cretino integral! ¿Cuándo he metido yo las manos en el motor de ese cacharro?

—Lo mismo le he contestado yo —dijo mi pelirroja secretaria—. Le he dicho que me extrañaba mucho que tú hubieras tocado el motor del auto porque tu fuerte no es precisamente la mecánica. Y él me ha insistido, diciendo que los cables de los embragues no se tensan solos... y el del Abarth estaba excesivamente tensado, razón por la cual el coche perdía velocidad porque el disco patinaba y era como si al revolucionar el motor se estuviera al mismo tiempo desembragando continuamente sin pisar el pedal. Añadiendo además, que de haber seguido acelerando unos minutos más en busca de una velocidad que no hubieses conseguido por mucho que apretaras el gas, habrías terminado por quemar el disco del

embrague.

—Muy interesante. Todo un curso de iniciación a la mecánica y de los secretos de esa pieza fundamental llamada embrague. ¡Pero yo no abrí tan siquiera el capó! Las responsabilidades hay que pedírselas a ese imbécil de Andrew Feldush que me entregó el vehículo ¡ve a saber en qué condiciones! Cualquiera día me pasaré por su mercado persa del automóvil para retorcerle el gaznate de cuervo que tiene.

Peggy tomó asiento frente a mí. Anunció:

—En fin, todo eso es historia. Sea por la razón que fuera...

—Jennie está muerta.

—¡Telly! ¿Cuándo vas a olvidarte de eso?

—Creo que nunca, Peggy.

—Inténtalo al menos.

La miré con una amarga sonrisa en los labios.

—¿Y qué supones que estoy intentando desde hace doce días?

Se alzó del asiento puso ambas manos sobre mis hombros y se inclinó para besar fugazmente mi boca.

—¿Te preparo algo de beber?

—Bueno...

Mientras ella ponía rumbo al mueble bar sin que yo, como en ocasiones precedentes, tuviese ánimos tan siquiera para fijarme en el excitante rotar de sus fabulosas caderas, de forma instintiva extendí los dedos de la diestra hacia el revistero situado muy cerca de la butaca donde me hallaba hundido y tiré de una revista, al azar, sin saber concretamente por qué lo hacía.

Se trataba del *Chicago Fashion*^[1]. Me dispuse a hojearla distraídamente, pero..., pero no pasé de la portada. Porque mis ojos, atónitos, más desorbitados que nunca, me dieron la sensación de que se habían caído encima del rostro femenino que ocupaba la total extensión de aquella primera plana a todo color.

Me quedé sin respiración.

Creyendo que me asfixiaba o que me estaba, al fin, volviendo loco de verdad.

Porque aquella cara, *jera la de Jennie Stevens!*

Con una sola diferencia: el cabello; que aquí lo llevaba muy largo y teñido de un rubio platino.

Pero sin lugar a dudas... Grité:

—¡Peggy, Peggy...! ¡ES ELLA! ¡ES JENNIE!

La pelirroja giró en redondo estando en un tris que los vasos que llevaba en las manos y se disponía a traer hacia donde estaba yo se fuesen al suelo convirtiéndose en añicos.

Mirándome con expresión alterada, preguntó:

—¿Qué estás diciendo, Telly?

—¡Ven, ven...! ¡Mira esta portada! ¡Es Jennie...!

Dejó los vasos encima de la mesa ratona y tomó el ejemplar del *Chicago Fashion* que le tendía. Como ella no había visto jamás a la esposa de Richard Balding, me preguntó con lógica y evidente incredulidad:

—¿Estás seguro, Telly? ¿No será que tu mente te está...?

—¡No estoy loco, Peggy! —la corté secamente.

—Ni yo he tratado tan siquiera de insinuarlo —dijo ella, un tanto molesta, Añadiendo—: Puede tratarse de otra mujer que tenga un gran parecido físico...

—¡Es ella! —insistí con un estado de nervios rayano en el paroxismo—. ¡Lo es! ¡Podría jurarlo encima de un millón de Biblias! La única diferencia estriba en el color de su pelo. Pero sin lugar a la menor duda es Jennie Stevens.

—¿Y qué pinta ella en la portada de una revista de modas? —preguntó Peggy con la mayor de las lógicas.

—No lo sé... ¡Pero voy a averiguarlo inmediatamente! ¿Has dejado el coche en el *parking* del edificio?

Estaba confusa. Articuló:

—Sí, sí..., claro. Pero ¿adónde vas?

Le contesté camino de la puerta hacia la que me había lanzado como una exhalación con la revista fuertemente apretada entre los dedos de mi mano derecha:

—¡A la oficina de Richard Balding!

Y salí, sin más explicaciones.

Media hora después me encontraba frente al 2082 de Boulevard Victory en New Springville, distrito del Queens, muy cerca del Willow Brook Park, ante un impresionante edificio de unas setenta plantas y línea ágil, moderna, sin relieves, con fachada en la que el cristal de los amplios ventanales absorbía casi por completo el gris claro de la estructura de la construcción.

El uniformado portero que cuidaba en el amplio y alfombrado

vestíbulo de saber a qué y dónde iban los que allí entraban y junto al que se encontraba un guardia de seguridad con su revólver al cinto, cuando quiso iniciar su reglamentaria y monótona pregunta, ya estaba yo metido en uno de los elevadores.

Debió encogerse de hombros y comentarle al otro:

—Los hay sin educación. ¿Te has fijado? Parece que vaya a apagar fuego.

La señorita de recepción, muy mona, sonriente y profesional, anunció:

—El señor Balding está fuera de Nueva York y no puedo decirle cuándo regresará porque no se trata de un viaje de negocios. Su esposa falleció recientemente y él, siguiendo instrucciones facultativas...

—Lo sé, lo sé —dije nerviosamente. Ampliando—: En tal caso, quiero entrevistarme con la señorita Reynolds, su secretaria.

—¿A quién debo anunciar?

—Telly Crawford. Dígale que es muy urgente.

Mónica me recibió un par de minutos más tarde.

Esta vez, sí. Nos besamos. Era como si volviéramos a transmitirnos el mutuo pésame por la muerte de Jennie.

Estaba tan oriental y maravillosa como siempre. Me precedió hasta un pequeño y coquetón recibidor. Una especie de sala de visitas.

—¿Qué sucede, Telly? —inquirió mientras se dejaba caer en una butaca invitándome con la mirada a que hiciese lo propio frente a ella.

Le tendí el ejemplar del *Chicago Fashion* sin atender por el momento a su muda invitación.

Con la portada bajo sus extraordinarias y brillantes pupilas verdes, vi cómo éstas se iban agrandando —si es que ello resultaba posible— por segundos.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Pero... ¡Es Jennie! Esto..., ¡esto es imposible! ¿Tienes un cigarrillo, Telly?

Se lo brindé calándome yo otro entre los labios. Rebuscaba en uno de los bolsillos de mi chaqueta con dedos torpes, pero Mónica fue más ligera para encontrar su mechero, prenderlo y ofrecerme fuego.

Era la segunda vez que aquella escena se repetía y la segunda

también que yo, puede que ahora por mi estado de ánimo, por mi excitación y nerviosismo, tropezara con los dedos de ella y el encendedor... lo mismo que aquella noche en el salón del palacete de los Balding, se fue al suelo.

Me incliné velozmente y lo retuve en mi mano, igual que entonces, unos segundos. Observando los dos corazones, la flecha que los cruzaba y la inscripción: «R. B. a M. R. te amo».

Puede que ya en la ocasión anterior, dentro de mi subconsciente, algo de aquella diminuta y perfecta labor de orfebrería —su novio la había adquirido en

Hong-Kong,

creí recordar que había dicho— me llamase la atención. Algo similar me sucedió ahora, en los breves instantes que lo retuve en la palma de mi mano, tomando mayor consciencia de ello.

¿Algo...? ¿El qué...? ¿Qué era lo que yo encontraba extraño... o simplemente revelador, pero que no alcanzaba a definirlo con exactitud?

Mónica me estaba mirando con extrañeza.

—¡Eh...! ¡Oh...! Perdona. Estoy confuso y desconcertado.

—Lo comprendo. Algo similar me está sucediendo a mí.

Le di fuego, prendí mi cigarrillo y le devolví aquel extraordinario —casi tanto como ella— y costoso mechero. Entonces, sí, me dejé caer en la butaca, preguntándome si me preocupaba y confundía más el hecho de haber encontrado el rostro de Jennie en la portada de la revista que Mónica seguía mirando también con evidente desconcierto, o el singular misterio que intuía en aquel mechero de oro blanco y que me resultaba imposible concretar.

—Forzosamente tiene que tratarse de un increíble parecido físico —dijo Mónica transcurridos unos segundos, expulsando una espesa bocanada de humo.

Era lógico que pensara así. Me dije que era como yo debía haber pensado desde un principio, porque la revista estaba fechada después del... accidente. Y Jennie estaba muerta.

Y aun en el supuesto de que la foto, cosa lógica también, hubiera sido tomada antes, Jennie Stevens nunca se había dedicado a la publicidad. No solían hacerlo las millonarias. Richard me lo hubiera dicho. O Mónica ahora. Pero la secretaria de Balding, salvada la

inicial sorpresa, había encontrado la única explicación plausible... que yo, por lógica y verosímil que fuera, no podía ni quería aceptar.

Para mí, aquel rostro, era el de Jennie Stevens.

Pareció adivinar mis pensamientos, al preguntarme:

—No estás convencido, ¿verdad?

Se lo dije claro y concreto:

—No. En absoluto.

—¿Entonces...? ¿Qué te propones hacer, Telly?

—Tomar el primer vuelo a Chicago.

Se quedó perpleja.

—¡Telly! ¿Es que no lo entiendes? Jennie está muerta... Jennie jamás anduvo metida en asuntos de publicidad. Su categoría y posición social. Ni su padre ni Richard le hubieran permitido, en el supuesto de que lo hubiese tenido, semejante y absurdo capricho. — Estoy totalmente de acuerdo. Esos razonamientos son del todo válidos, Mónica. Pero me largo a Chicago.

Se encogió de hombros ante la imposibilidad por su parte de impedir lo que por la mía se le antojaba una estupidez y seguramente lo era.

Sólo me preguntó:

—¿Vas a hablar con Richard de esto?

Como me vio dudar respondió ella misma:

—Yo no lo haría, Telly. Por muchas razones. Está atravesando una fuerte depresión y el doctor Nicholson, su psiquiatra, le ha prescrito absoluto reposo psíquico. Sol, aire, montaña..., lo normal en estos casos. No conseguirías otra cosa que confundirle y alterarle más... porque estoy segura de que él admitiría la absurda posibilidad..., y perdona que te lo diga con crudeza, que estás admitiendo tú. Para él, al menos por ahora, Jennie sigue viva. Aunque sólo sea en su pensamiento, pero viva. No se ha hecho a la idea...

—¡Ni yo tampoco!

Y salí de la estancia dejándola plantada, arrancándole la revista de la mano y creo que sin tan siquiera exclamar un elemental: «¡Adiós!».

Desde una de las cabinas telefónicas del enorme vestíbulo del John Fitzgerald Kennedy International Airport llamé a Peggy.

—¡Telly! —exclamó—. ¡Pero...! ¿Así... sin equipaje? ¡Espérame

ahí! Quiero ir contigo. Cogemos el siguiente vuelo. En media hora me planto en el aeropuerto al menos con una maleta...

—Mañana estaré de regreso, pequeña. Tranquila. Volveré a llamarte desde Chicago. Ya tengo el billete en la mano...

—Pero puedes cancelarlo y encargarte dos...

—No insistas. Faltan diez minutos para la salida del vuelo.

Le envié un beso sonoro a través del auricular, y colgué.

CAPÍTULO X

Me recibió Philippe Mercier, redactor jefe del *Chicago Fashion*.

Debía contar unos cincuenta y cinco años y pese a su correcto inglés un pequeño acento galo traicionaba su procedencia francesa.

Su proverbial amabilidad hizo las cosas muy fáciles.

—Esta foto debió tomarla Martin —me dijo, tras estudiar detenidamente la portada. Y acto seguido, pulsando una de las clavijas del interfono que estaba sobre su mesa, junto con papeles, teléfonos, fotos, restos de pruebas de imprenta, etc., anunció—: Mary, dile a Jason que venga a mi despacho en seguida.

Vino en seguida.

Era un tipo joven, alto, jovial, de aspecto agradable y sonrisa fácil.

—Te presento a Telly Crawford, de Nueva York, detective privado —hizo los honores el redactor jefe—. Éste es Jason Martin, un genio de la cámara fotográfica. No está bien que lo suelte en su presencia porque las pretensiones se le suben al coco y luego se reflejan en sus continuas y reiteradas peticiones..., reivindicaciones salariales las llamas tú, ¿verdad, Jason?

Nos estrechamos las manos. Y sin más, le repetí lo que a Mercier, le dije porque estaba allí.

Miró la portada del ejemplar.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Esta foto la tomé hace unos seis o siete meses. La chica no es profesional..., pero me gustó su cara. Se llama, se llama..., ¡ya, Catherine Winters! ¿Dónde leches la descubrí? Disculpa, Telly, pero tengo una memoria que es un asquito. Como no me apunte las cosas en un block, o en el puño de las camisas como cuando era estudiante... ¿Dónde diablos encontré a esta preciosidad? Si no me acuerdo en seguida es seguro que no

me acosté con ella.

—Como usted ve —intervino Philippe Mercier—, todo un eficiente profesional. Si no se acuesta con las chicas que impresiona la retina de su cámara para la inmortal posteridad, no se acuerda de ellas.

Jason se mordía el labio inferior en actitud meditativa.

Yo, instintivamente, nervioso, le imitaba.

—¡Claro! —exclamó de repente—. ¿Cómo se me había olvidado? Catherine trabaja en una barra americana. ¡Sí! Fue una noche que salimos con Burt, Nigel, Toby...

—Está citando a la flor y nata de la redacción, señor Crawford —me sonrió Mercier. Y mirando a Jason—: Ahórrate los detalles porque ya nos los imaginamos.

—Esa muñeca estaba tras la barra del Black *Shock*^[2]. Ese local es una mezcla de *pub*, café teatro..., chicas monas ligeras de ropa que se supone que bailan y cantan, ya entiendes, ¿no? Pertenece a una cadena de *snacks*, porque en sus orígenes era simplemente eso, una barra americana. Si te interesaba charlar con la niña, no creo que la encuentres allí antes de las seis de la tarde. Ven a mi mesa que debo tener la dirección del local en el fichero.

Me despedí del redactor jefe agradeciendo su deferencia y me fui tras el joven fotógrafo.

* * *

Como tenía que dejar que pasara las horas hasta las seis de la tarde, me colé en una cafetería para tomar un bocado.

Busqué una mesa en un rincón apartado. Quería estar solo con mis confusos pensamientos, mis traumas y todo lo demás.

Vino una camarera. Una chiquita mona y pizpireta que aleteó mucho sus pestañas y me dejó ver sus preciosos ojazos ámbar antes de saber:

—¿Qué le sirvo?

—Una hamburguesa, un frankfurt con mucha mostaza y una jarra de cerveza.

—¿Alguna marca especial?

—Mientras tenga espuma me da lo mismo, bonita. Si no estuviera tan preocupado te preguntaría a qué hora terminas. Otra

vez que vuelva te prometo que...

—El reglamento nos prohíbe salir con los clientes.

—El que lo redactó es un imbécil. Díselo de mi parte.

Estrelló en mi cara una luminosa sonrisa. Y pocos minutos después volvió a iluminarme, tras dejar sobre la mesa los bocadillos y la jarra. Anunció:

—De todas maneras..., termino a las ocho.

—Es bueno saberlo, prenda.

Y con disimulo le di un toquecito en las nalgas. Eso hizo que se alejara contoneante y satisfecha.

Me lié a bocados con el frankfurt y después con la hamburguesa, entre trago y trago del espumoso y refrescante brebaje.

Estaba terminando cuando una voz, desde la barra, se alzó por encima del murmullo de las conversaciones de la clientela, preguntando en tono audible para todos:

—¿Está por aquí el señor Crawford? Telly Crawford..., ¿es alguno de ustedes?

Lo lógico es que hubiese tardado en reaccionar, pero salté hacia arriba como si un muelle me hubiera proyectado adelante desde el fondo del asiento.

Sin preguntarme, al menos en aquel instante, quién podía saber que yo me encontraba en aquella determinada cafetería de Chicago.

—¡Yo...! Yo soy Telly Crawford.

—Le llaman al teléfono.

—¿Al teléfono? —repetí, tan atónito como desconcertado.

—Sí —insistió la morena del mostrador—. Si es usted Telly Crawford le llaman al teléfono. La cabina la encontrará al fondo del pasillo que se encuentra —extendió la diestra hacia uno de los ángulos del fondo— detrás de aquellas cortinas.

Al teléfono... ¡Pero! ¿Qué clase de coña era aquella? ¿Es que los misterios, los absurdos, los hechos más confusos e incomprensibles se habían empeñado en perseguirme desde hacía un tiempo?

¡Nadie podía saber que yo estaba en aquel lugar!

Sí en Chicago. Eso lo sabían Peggy y Mónica..., pero, allí, en aquella cafetería precisamente... ¿Quién diantres...?

A todas éstas y con todos estos interrogantes ya había dejado atrás las cortinas y caminaba a grandes zancadas por el estrecho y solitario pasillo.

Hasta que mis ojos se tropezaron con el tipo de la gabardina que, junto al rectángulo invertido de metal y cristales que escondía en su interior el teléfono, me sonreía con ferocidad mostrándome sus dientes amarillos.

Tenía toda la pinta de un hijo de mala madre.

Algo no marchaba.

«Telly —me dije—, ese fulano no te quiere bien. Nada bien». Me hice el loco y seguí avanzando hacia la cabina.

El, como ya me suponía, me cerró el paso.

Desafiante.

Con la diestra hundida en uno de los amplios bolsillos de la gabardina.

—Has hecho mal en moverte de Nueva York, pesquisa —escupió con desprecio por uno de los extremos de sus labios finos y crueles, curvándolos en siniestra mueca—. Allí, a lo mejor, hasta te hubieras muerto de viejo.

La cosa, mirada así, no tenía la menor gracia. No obstante, busqué mi oportunidad. Tenía que distraerlo para buscar la sorpresa..., aunque me parecía difícil que aquel profesional del hampa se dejara sorprender.

—¡Ah, ya...! Aquí en Chicago hay que diñarla joven. Tú eres el encargado de que el índice funerario no exceda de los cuarenta. Es una profesión apasionante la tuya... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Caperucita Roja —hasta me sonrió sin ferocidad—. Lo de roja me lo han puesto porque a menudo se me tiñen las manos de sangre, ¿sabes?

—¡Basta de charla, Edward! —exclamó una voz a mi espalda—. ¡Al grano!

Ladeé la cabeza.

Detrás tenía un menda tan sombrío y cruel como el que tenía enfrente, tan hijo de mala madre como el que tenía enfrente, tan dispuesto a que yo no llegara a viejo como me había dicho el que tenía enfrente.

¡Menudas alhajas! Y me iban a emparedar como una hamburguesa cualquiera.

Edward sacó la mano del bolsillo y me enseñó una navaja capaz de atravesar a dos tíos juntos de más de cien kilos cada uno.

Había que jugársela. Sin pensarlo ni un segundo. No tenía más opción.

—Sois lo que se llama una pareja de hijos de perra. Pero me voy a olvidar de vosotros si me contáis quién os ha dicho que estaba aquí y por cuenta de quién se os ha ocurrido pensar que me podéis «liquidar».

—¿Has oído eso, Charly? Este «lila» tiene buen humor.

Charly no oyó nada.

Por la sencilla razón que yo me fui hacia adelante con velocidad de vértigo apoyando la palma de ambas manos en tierra al tiempo que proyectaba ambas piernas —con el mismo y poco elegante estilo de una mula— atrás estrellando los zapatos en la cara de hijo de mala madre que tenía el tal Charly.

Soltó un aullido de dolor.

Un par de muelas por lo menos se las había tragado.

Edward se aprestó a ponerle remedio al asunto viniéndome al encuentro navaja en ristre y, dada mi postura, dispuesto a hincármela en el cogote como si fuera un cerdo.

Di un giro sobre mí mismo y extendí la zurda atrapando su muñeca a la vez que encogía las piernas, me doblaba, tomaba impulso y ejerciendo la debida presión, volteaba al que tenía por misión que los forasteros, en Chicago, «cascaran» jóvenes.

Se fue por los aires en vuelo directo hacia su colega de canalladas. Y mira por dónde, Edward, cuando planeaba, le incrustó el acero en la garganta a su compinche, justo en el instante en que Charly se erguía intentando reaccionar.

Le hizo un tajo en la cañería conocida por yugular y la sangre salpicó las paredes del pasillo, la gabardina de Edward que caía tropicando sobre su «fiambre» compañero y hasta creo que mis pantalones.

Ahora la emprendí con él.

O quise intentarlo al menos.

Porque Edward sí reaccionó con mucha mayor rapidez que el muerto, revolviéndose, para exhibir una automática que extrajo como un rayo del otro bolsillo tras deshacerse del bulto inerte de Charly, enfilando el negruzco orificio del cañón hacia el tórax de un servidor.

A volar tocaban. ¡Y con el tiempo que había dejado de pasarme

por el gimnasio a hacer mis pinitos de karate y sueca! Casi no me acordaba ya.

Pero sí sabía que todo dependía de fracciones de segundo, sí como había dicho aquel mal nacido no quería «palmar» joven.

Por eso volé.

Volviendo a atraparle la muñeca que ahora empuñaba la pistola, haciéndola girar en brusco quiebro que debió astillársela, justo una décima de segundo antes de que le diera al gatillo.

Pero lo accionó.

Incrustándose la bala en su propio entrecejo.

El silenciador que estaba enroscado al cañón del arma ahogó el estrépito del disparo convirtiéndolo en un quedo y trágico: «¡PLOC!».

finie

C'est

Los dos estaban tiesos. El par de hijos de su madre que respondían por Edward y Charly y que para mi mayor desconcierto habían intentado borrarle de la lista de los vivos...

¿Por encargo de quién?

¿Cómo se habían complicado las cosas de aquella manera?

Y todo porque me acababa de desplazar a Chicago porque en la portada de aquel número de *Chicago Fashion* me había tropezado con el rostro de Jennie Stevens.

¿Qué era en realidad lo que estaba pasando?

Yo no había elegido ninguna curva, ni recta tampoco, donde morir, pero alguien estaba decidiendo por mí.

¿En virtud de qué razonamiento?

¿Qué había hecho yo, o *qué podía hacer*, que hubiese alarmado tanto a una determinada y para mi desconocida persona hasta el punto de que hubiese tomado la iniciativa de hacerme asesinar por un lado de hampones a sueldo?

¿Quién?

¿Por qué?

¡Demasiadas preguntas y ninguna respuesta!

Renuncié a seguir mi interrogante monólogo y también a registrar los cadáveres por la sencilla razón de que de un momento a otro alguien podía asomar la cabeza por el pasillo y yo me vería en muchas dificultades si tenía que explicarles a los chicos de

Homicidios qué estaba haciendo en compañía de los «fiambres» y la razón por la cual los había convertido en «fiambres».

Me largué a toda pastilla asegurándome, al asomar a la sala de la cafetería, de que los cortinajes quedaban bien corridos.

Rumbo a la barra.

—Señorita..., ¿está segura de que han pedido por Telly Crawford?

Me miró con las cejas arqueadas por la extrañeza.

—Completamente, señor. ¿Es que no era para usted?

—Sí... —No sabía qué decir con exactitud. Y de repente se me encendió la lucecita. Miré a la calle a través de la cristalera, vi la cabina de teléfonos, el tipo con la misma cara de hijo de padre desconocido que los dos que acababa de «ventilar» recostado con chulería indolente de matón contra aquélla. Pregunté atropelladamente—: ¿Qué le debo de los dos bocadillos y la jarra?

Antes de que la muchacha tuviese tiempo de contestar puse un billete de cinco dólares encima del mostrador y salí disparado del local.

El fulano no me esperaba entre otras razones porque no me conocía y porque me suponía ya en el otro barrio.

No me preocupó el que estuviésemos en plena calle.

Le sacudí un puñetazo en mitad de la boca del estómago doblándolo como un monigote de trapo. Se le fue el aire de los pulmones, se vino abajo y le enderecé incrustándole la rodilla en la cara estrellándolo con violencia contra la cabina a cuyo interior lo arrastré por el gazonate, manteniéndole en vertical contra los cristales. Se me caía y tuve que sujetarlo fuerte.

Pronto di con la «ferretería» que el «galán» llevaba bajo la axila.

Se trataba de un revólver del 38 como el que era de reglamento para los federales.

El cañón se lo clavé entre las cejas sin darle opción a reaccionar.

—Descuelga el teléfono y haz ver que discos o te «frío».

Medio aturdido, pero despabilado a la vez —como les sucedía a los borrachos que ante un buen susto se zafaban a los vapores etílicos— porque el revólver puesto ante sus narices con el gatillo sometido a la presión de mi índice era muy estimulante, obedeció.

—Y ahora, como si hablases —bajé el arma para hacer girar el cañón contra su vientre lo mismo que si quisiera horadarlo— con el

que os ha encargado que me «liquidáseis», dime su nombre. Yo me llamo Telly Crawford pero me llaman el Impaciente. Por causa de mí impaciencia, las funerarias tienen superávit cada año. ¡Responde!

No intentó hacerse el loco. Dijo, trémula la voz:

—Ha sido cosa del Canijo. Edward Coburn. El y Charly Leroy lo estaban esperando en el aeropuerto porque... según me han dicho, alguien les había comunicado que usted llegaba de..., creo de Nueva York, y tenía que despacharlo. Yo..., ¡se lo juro!, no valgo para «balear» a nadie.

—¡Ah, ya! El revólver es un recuerdo de familia. De tu abuelo seguramente que estuvo en la guerra de Cuba. Sigue... antes de que mi impaciencia te convierta en paquete de funeraria. ¡Habla!

—Yo... —Tragaba saliva con dificultad—, sólo hago trabajos sencillos. Como éste. Edward me telefoneó al local donde suelo parar y que no queda lejos de aquí. Me explicó el asunto por encima y me dijo que viniera. Nada más tenía que meterme en esta cabina, llamar a la cafetería y pedir por usted, por Telly Crawford. Ellos se encargarían de...

—Darme la bienvenida a Chicago. ¿Por qué te has quedado esperando?

—Edward me tenía que dar cien pavos.

—¿Por qué no han querido hacer el «trabajo» solos, llamada de teléfono incluida?

Volvió a tragar saliva.

—Bueno..., si uno de los dos salía, el otro podía encontrarse solo con usted mientras que el que había venido a telefonar regresaba a la cafetería. Por eso me ha llamado el Canijo. Me suele dar esta clase de encargos sencillos.

—No te dará ninguno más, puerco.

Y como consideraba que había sido sincero me largué, no sin antes arrearle un viaje en la barriga que lo dobló, sin que ahora hiciese nada por sostenerlo. Quedó apelonado dentro de la cabina, en el piso.

Metí su revólver en el bolsillo de la chaqueta y me alejé de allí rápidamente deteniendo el primer taxi libre que me salió al paso.

CAPÍTULO XI

Black Shock.

Más o menos, lo que me había dicho el fotógrafo.

Y de acuerdo con lo que él me había dicho, sobre que pertenecía a una determinada cadena y después de lo sucedido en la cafetería y de mi conversación con el tipo de la cabina telefónica, había hecho algunas averiguaciones con relación al *Black Shock*.

Porque las cosas que me habían sucedido desde que me tropezara con aquel rostro tan conocido para mí en la portada del *Chicago Fashion*.

Porque las cosas que me habían sucedido desde que me tropezara con aquel rostro tan conocido para mí en la portada de *Chicago Fashion* y los interrogantes, múltiples, que como consecuencia de aquéllas se habían abierto, necesitaban respuestas urgentes.

Ahora empezaba a tener algunas contestaciones y un par de hipótesis que, sólo de pensar en que se confirmasen, se me helaba la sangre en las venas.

Pero había que seguir adelante, cayera quien cayese, porque ahora sí estaba claro que aquél era el caso de mi vida.

Y tenía que solventarlo a la mayor brevedad posible.

Por eso a las seis en punto había entrado en el local.

En *Black Shock*.

Una barra larga que terminaba en semicírculo, acolchada, con taburetes delante para que los que iban a gastarse la «tela» estuviesen cómodos, y detrás, un plantel de niñas monas.

De esas niñas que te preguntaban: «¿Me invitas a una copa?». Y si decías que sí se te había caído el pelo porque se servían de una botella trucada —agua pura o sifón— y te cobraban de la mejor

marca y como si se hubiesen tomado la botella completa.

Uno, quieran que no, llevaba muchos años arrastrándose por la perra vida.

Luces tamizadas de colores, otras de intermitentes para crear el ambiente que se llamaba psicodélico... los reservados donde podías irte con una de las chicas monas y el «frasco» y la cosa te costaba un... ojo de la cara.

La vi.

Casi al final de la barra.

Estaba sola y era extraño. Posiblemente aún no había llegado el asiduo que se enrollaba con ella y la invitaba a una copa tras otra, se dejaba la «pasta» por un poco de conversación y puede que por algún toqueteo de manos y un pequeño sobo, porque lo dejara asomarse un poco al escote, y al final, no se comía una rosca.

Catherine Winters.

Rubia como en la portada del *Chicago Fashion*, rubia platino, largo el cabello cayéndole por delante del descotado vestido negro que dejaba ver bastante de lo mucho que tenía dentro...

Era idéntica.

Me encaramé al taburete mirándola con descarada fijeza.

Ni un parpadeo en sus pupilas, que eran azules, y no oscuras color noche como las de Jennie.

Lo he dicho: ni un parpadeo.

Se vino adelante, recostándose en el acolchado mostrador, permitiendo que algo se desbocara a través del generoso escote.

—¿Me vas a comer con los ojos, muchacho?

—Es posible...

—Imagino que quieres invitarme a algo, ¿verdad?

Asentí.

—A ir a la cama por ejemplo.

—No te pases, tío. Porque esté detrás de una barra no vayas a confundirte conmigo.

—Toma lo que te apetezca —la invité con sequedad.

Una sonrisa alentadora. El «primo», yo, había picado.

—Eso está mejor, muchacho. Vamos a hacer buenas migas.

Se sirvió un *whisky*. De la botella trucada, claro. Y a mí, sin preguntarme, me puso otro. Del legal. Alzó su vaso y dijo:

—¡Cin, cin!

—A tu salud —respondí—. Me recuerdas a alguien...

—Ese rollo ya no se emplea, chico. Todas os recordamos a alguien. Una vieja amiga con la que os pasabais buenos ratos, una novia que os plantó para irse con otro y os ha dejado muy deprimidos... y por eso venís en busca de una muñeca como nosotras que os levante la moral... ¿Sólo la moral? De verdad, guapo, eso está muy visto.

—No me impresionas y me largué un trago entre pecho y espalda. Estoy hablando en serio. Me recuerdas a una mujer de la que eres el vivo retrato. Ella era morena, ojos negros... y está muerta, se llamaba Jennie Stevens.

No se alteró lo más mínimo.

—Lo siento. ¿La querías mucho?

—Un poco.

Saqué el paquete de Marlboro y le ofrecí un pitillo. Aceptó. Yo me calé otro entre los labios. Estaba buscando el encendedor en el bolsillo de la chaqueta y, como siempre, no daba con él.

Catherine fue más ligera y me brindó la llama del suyo.

Miré el mechero y las pupilas se me contrajeron. No reflejé la menor sorpresa porque supe dominarme a tiempo.

Aquel encendedor... era idéntico al de Mónica Reynolds, pero sin corazones ni inscripción.

—Bonito mechero —comenté, acercando a su llama el extremo del pitillo—. ¿Regalo de algún admirador?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—¿Es importante? —preguntó a su vez.

—Me gusta saber el nombre de las chicas con quienes hablo.

—Catherine...

—Estás igual de preciosa que en la portada del Chicago Fashion.

Soltó una bocanada de humo. Yo, seguía mirándola fijamente, esperando una contracción, un rictus que alterase la expresividad de sus músculos faciales, algo...

—¡Ah, ya...! Has visto mi foto, te he recordado a la tal Jennie y has venido a verme, ¿no?

—Más o menos. ¿A qué hora terminas, Catherine?

Negó con la cabeza.

—Fuera del local no alterno con los clientes.

—Harás alguna excepción, ¿no?

Fue tajante y seca en la respuesta:

—No.

Seguía mirándola casi de una forma ofensiva e impertinente. La vi mover los labios dispuesta a decir algo en el mismo instante en que también yo me disponía a hablar, pero ninguno de los dos dijimos nada.

Porque apareció a mi derecha y frente a ella un tipo alto vestido con traje negro, camisa blanca y corbata de lazo también negra, aspecto de *gígolo*, con cierta categoría que se movía por allí con autoridad, con la propia de quien sabe que es alguien en el lugar donde se encuentra y puede comportarse y producirse como un general con mando en plaza.

Se encaró con la rubia platino. Traté de escrutar su semblante, pero las luces tamizadas y el psicodelismo de las narices me impidieron captar excesivos detalles. Era un fulano bien parecido, sí.

Le preguntó a la muñeca:

—¿Han venido Edward y Charly?

Ahora sí. Ahora el aleteo nervioso de sus pestañas, el rictus de contrariedad, la crispación de sus labios convertidos en una línea recta, prieta. Fueron sólo unos segundos porque respondió de inmediato:

—No, Tony. Al menos no les he visto desde que yo he llegado.

Tony, importándole un rábano mi presencia, se adelantó por encima de la barra, sus dedos tamborilearon en la parte descubierta del escote y su boca se fue a los labios de Catherine de los que ella, previamente, había retirado el pitillo. Respondió a la caricia con efusión, extendiendo una mano para rodear la nuca del fulano.

Luego, él, se alejó, perdiéndose por entre las columnas multicolores y psicodélicas que bajaban en espiral desde el techo dando la sensación de ser torres de humo policromo.

Le vi perderse, a lo lejos, entre la penumbra, tras unos cortinajes de terciopelo que debían ser rojos.

—¿Es tu chulo?

Me escupió el humo en mitad de la cara.

—Creo haberte dicho que no te pases, muchacho. Me da la sensación de que no estás muy hecho a este ambiente.

Ni caso. Como si no la hubiese oído.

—¿Nunca te has hecho llamar Jennie Stevens?

Había disparado la pregunta de súbito esperando una nueva, aunque fuese tan fugaz como la anterior, alteración de su rostro.

El nervioso parpadeo... sí. Y la respuesta, seca, vibrante, con voz metálica:

—Nunca. Y estoy empezando a hartarme de tus estupideces. ¿Estás loco?

—Un poco. Desde el día en que Jennie Stevens me dijo que sabía la curva donde quería morir empecé a transtornarme... y cuando a bordo de un Ford negro la vi saltar al precipicio por esa curva, me volví loco de remate.

—Eso lo tengo claro. Pero estás perdiendo el tiempo. Ni voy a intentar consolarte ni vas a sacar de mí lo que pretendes.

—Gracias. Es un consuelo. ¿Te importa que me marche?

—En el fondo lo estoy deseando.

—Sigues sirviéndome de gran alivio, Catherine —puse un billete encima del mostrador—. Quédate con la vuelta.

Y salí del Black *Shock*.

Porque ya sabía lo que quería saber, lo que había ido a averiguar allí.

Ya en la calle busqué una cabina de teléfonos, me colé dentro y llamé a Nueva York. Concretamente a Peggy.

—¡Telly! —exclamó al escuchar mi voz—. ¡Me tienes deshecha! ¿Puedo saber lo que pasa? ¡Por favor...!

—Calla y escucha —le dijo tajante, seco.

Calló y escuchó.

Dije al final:

—Si todo sale como lo tengo previsto llegaré mañana, sobre la una del mediodía, a Nueva York. Espera en el aeropuerto y ten paciencia si no llego en ese vuelo. Lo haré en el siguiente. ¿Está claro?

—Sí... ¡Cuídate, te lo suplico!

—Lo procuraré.

* * *

Oí con nitidez cómo el llavín giraba dentro de la cerradura.

La puerta se abrió cerrándose al instante.

La luz del pasillo y unos pasos que avanzaban.

Las voces, la conversación de ellos dos, la que venían manteniendo desde la calle. En los siguientes términos:

—Es muy difícil saber dónde se habrá hospedado ese tipo, Catherine. Aún no me explico cómo ha podido librarse de dos profesionales como Edward y Charly.

—¿Por qué no llamamos a Nueva York? Es necesario que él lo sepa, Tony.

—Esperaremos a mañana.

Enmudecieron. Sus pasos los acercaban por segundos a la salita, a mí. Ya iban a cruzar la arcada...

Tiré del cordoncillo de la lámpara de pie y la estancia se inundó de claridad.

No les di tiempo ni a abrir la boca.

La culata del 38 que le arrebatará al individuo que me había llamado por teléfono a la cafetería se la estrellé con fuerza, con muy mala leche, al *gigoló*, en la nuca.

Tony se vino contra la alfombra desmadejado como un pelele.

A Catherine le solté una «castaña» en mitad de su bonita cara que la estrellé contra la mesita que sostenía el aparato del televisor.

Luego, con la punta del cañón del 38 a un palmo de su precioso entrecejo, mientras ella se friccionaba la mejilla dañada que debía escocerle lo suyo, anuncié, ominoso:

—Me da lo mismo clavarte un proyectil entre las cejas que darte un beso en la boca. Te aseguro que no hagas tonterías. Aquí, el que manda ahora, soy yo. Arranca las cortinas —señalé las que cubrían el amplio ventanal que daba a la calle— y amarraré bien a tu chulo. Luego me asegura de que las ligaduras son sólidas y si no lo son, te voy a estropear tu linda carita por los restos. ¡Muévete!

Hizo la cortina jirones y maniató a Tony de tal manera que ni yo lo hubiera hecho mejor y con mayor fuerza.

—Métele un buen puñado de tela en la boca —dije a continuación— y amordázalo.

Siguió obedeciendo y con bastante premura y efectividad porque, entre otras razones, no era tonta. Sabía que yo estaba bastante quemado y dispuesto a llevarme por delante a quien fuese.

—Ahora siéntate, Catherine Winters.

—¿Qué es lo pretendes? —inquirió, derrumbándose en el sofá.

—Lo sabes muy bien y es inútil que te hagas la «sueca». Quiero saber la verdad, el porqué de esa mascarada a la que te prestaste. Enséñame tu mechero.

Lo extrajo de un monedero de mano que había caído al suelo al propinarle la primera andanada.

—Es idéntico al de Mónica Reynolds, la secretaria de Richard Balding. Eso ya lo sabes, ¿no? Os lo regaló la misma persona. Con la diferencia de que el tuyo no lleva los corazoncitos ni la inscripción. ¿Quién?

—Te estás jugando la vida, Telly —me llamó por mi nombre porque comprendía que había llegado el momento de jugar con las cartas boca arriba.

—Tú sí que te juegas la piel, prenda —moví el cañón del revólver muy significativamente. Y dije—: ¿Por qué no te quitas la peluca y las lentillas de contacto?

—¿Es necesario?

—Del todo, muñeca.

Segundos después, tenía frente a mi... *el rostro de Jennie Stevens*. Tome asiento delante de ella.

—Ahora, Catherine, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Estoy dispuesto a todo y tú lo sabes. Edward Coburn *el Canijo* y Charly Leroy están muertos. Mónica te llamó desde Nueva York, después de que hablastes con ella, diciéndote que venía para acá, que una estúpida casualidad me había llevado a ver tu cara en la portada del *Chicago Fashion* y que era necesario eliminarme antes de que hiciera demasiadas averiguaciones y llegara al fondo del asunto. Muchas cosas las tengo claras, pero otras... O irás a Nueva York conmigo, viva, después de explicarme la trama del laberinto criminal, la diabólica comedia en que encarnaste el papel de Jennie Stevens... o te quedarás para siempre en Chicago. Para siempre... *definitivamente muerta*. Sabes que no es una amenaza baldía.

Se hundió más en el fondo del sofá. Abatida. Caídos los brazos. Dispuesta a entonar el *mea culpa*. Dijo:

—En principio, no me sedujo la idea, te lo juro. Pero me hablaron de mucho dinero...

—¿Como cuánto?

—Cien mil.

—Y eso disipó tus dudas, desvaneció tus escrúpulos...

—Sí. Era cuestión de unos días...

—Cuestión de engañar a un detective estúpido, a un muerto de hambre llamado Telly Crawford. Debo felicitarte porque lo hiciste muy bien, porque me llevaste al huerto cuándo y cómo te dio la gana.

—Aunque no vayas a creerme y ahora ya, me da igual, cuando te conocí fuimos intimando, lamenté de veras el haber aceptado.

Solté una fría sonrisa.

—No te preocupes, mujer. Al fin y al cabo pasamos buenos ratos, ¿no?

—Cuando fui tuya lo fui con toda mi alma.

—Me emocionas, palabra. Tanto como cuando te acuestas con éste —señalé al fardo en que ella misma había convertido al tal Tony.

—Es otra cosa, Telly. De veras.

—Estamos divagando, Catherine... ¿Te llamas así?

Cabeceó afirmativa. Siguió:

—Pero no podía volverme atrás. Había cobrado cincuenta de los grandes por anticipado y...

—¿Y no se te ocurrió pensar que la complicidad en una cuestión de asesinato se paga al mismo precio que se le cobra al ejecutor?

—Sí..., lo pensé. En teoría el plan era perfecto y lo hubiese sido de no mediar esa foto que le dejé tomar al estúpido reportero gráfico del *Chicago Fashion*. Pero eso había sido anterior a la proposición y nunca se me ocurrió pensar que la revista fuese a parar a tus manos. Es más, casi me había olvidado.

—Los planes perfectos suelen venirse abajo, siempre, por detalles insignificantes. ¿Es que no lees novelas policíacas?

—Estás saboreando tu triunfo con morbosos regocijos, ¿verdad?

—Me lo estaba mereciendo, ¿no crees? Estuvisteis a punto de hundirme para toda la vida. Yo era el eje, la víctima propiciatoria, el desgraciado que sin comérselo ni bebérselo iba a llevar la peor parte. Tú... y *la curva donde querías morir*. Vosotros y vuestro plan. ¿No pensaste por un momento en el sentimiento de culpabilidad que iba a quedarme por el resto de mis días?

—Supuse que lo superarías.

—Supusiste mal —sentenció—. Y ahora, desde el principio,

na. Salimos para Nueva York de madrugada... ya tengo los billetes, y quiero aterrizar en la ciudad de los rascacielos con todos los resortes en la mano.

Catherine Winters, sin que yo volviese a interrumpirla, estuvo hablando por espacio de una hora.

CAPÍTULO XII

La curva donde Jennie Stevens había querido morir.

Richard Balding tras aparcar tras su coche junto al parque infantil donde ella jugaba de pequeña en compañía de Chad Stevens, su padre, saltó a tierra y se quedó indeciso. Me contemplaba con asombro, viéndome con hipnotizado frente a la curva fatídica.

—Telly... —susurró, acercándose a mí—. ¡Telly! ¿Qué ocurre? ¡Telly! Mónica me ha telefoneado diciendo que viniese aquí con la mayor urgencia. Que tú me estabas esperando. Que tú...

Giré sobre los talones con lentitud esperada.

—Que yo no soy todo lo estúpido que habíais pensado —le interrumpí—. Eso no te lo ha dicho, ¿verdad? No podía decírtelo porque el cañón de mi pistola estaba incrustado en su sien mientras te telefoneaba.

—¡Pero...! ¿Es que te has vuelto loco?

—Casi. Tengo un drama regresivo. Como el que me dijiste que tenía Jennie. Pero te olvidaste bien de que en psiquiatría ese término no existe. Como tampoco existe un psiquiatra apellidado Nicholson. Pero sí ha existido una Catherine Winters, como existió *milady* De Winter en la imaginación de Alejandro Dumas al escribir *Los tres mosqueteros*, una mujer perversa que llevaba grabada la flor de Lys en el hombro que era como marcaban en la Francia de entonces a los: criminales... Como existe un mechero de oro blanco con incrustaciones y un par de románticos corazones atravesados con la flecha de cupido, grabados al pie, y la inscripción: «R. B. a M. R. TE AMO». Mónica me dijo que se lo había comprado su novio, un supuesto oficial de la marina mercante llamado Robert, en Hong-Kong.

Pero eso no era verdad, no lo es... ¿cierto, Richard? El mechero se lo habías regalado tú: «Richard Balding a Mónica Reynolds. TE AMO». La amas, sí. Y por eso necesitabas deshacerte de tu millonaria esposa, heredarlo todo, el palacete, la cadena de supermercados y la de *night-clubs* a la que pertenece el *Black Shock*, de Chicago, de donde salió la falsa Jennie, Catherine Winters, la traumatizada, la loca, la que había elegido la curva donde quería morir... ¿Dónde tenías encerrada a la verdadera Jennie, Richard? Supongo que recluida en cualquier habitación... o quizá en un sótano, acribillada a sedantes e hipnógenos, esperando pacientemente el momento en que tú la metieras en un Ford negro y la enviaras a la muerte haciéndola saltar al precipicio desde la curva... —¡Estás completamente loco!

Lo obsequié con una sonrisa fría, despectiva. Y proseguí como si no lo hubiera escuchado:

—El plan estaba fraguado, pero necesitabas un testigo presencial, alguien que viera el auto precipitarse al abismo el Ford donde viajaba Jennie Stevens. Yo resulté el elegido. Yo, Telly Crawford, tu viejo compañero de Escuela Superior... un muerto de hambre que se dedicaba a las investigaciones privadas, que nunca había visto cinco mil billetes juntos ni había manejado un fabuloso deportivo biplaza Abarth modelo

OT-1300,

del 70, metalizado en gris... ¡Ah, a propósito! El mecánico ha garantizado y está dispuesto a testificarlo ante un jurado que los cables del embrague no se tensan solos, al menos de la manera que lo estaba~ el del Abarth..., pero hacía falta que el coche perdiera velocidad, que el Ford se me escapase y que tú tuvieses tiempo de meter a tu mujer dentro, a la Jennie de verdad, y enviarla a la muerte. Todo meticulosamente calculado. Luego, a seguir la comedia. Desesperación, abrazos patéticos... «Lo sé, lo sé, no te atormentes...», me dijiste cuando yo, verdaderamente desesperado, me culpaba ante ti por no haber sabido evitar una muerte que vosotros tenías planeada al segundo, al milímetro. «Se ha ido, Telly... SE HA IDO PARA SIEMPRE». ¡La he perdido! ¡No volveré a verla nunca más!. Eso me decías llorando amargamente mientras por dentro saltabas de alegría pensando que sí, que no volverías a verla más y que nadie sospecharía ni por asomo la perfección de tu

diabólico proyecto porque existía un testigo presencial, un estúpido que confirmaría que Jennie Stevens se había suicidado. ¡Qué actores tan perfectos! ¡Qué fenomenales intérpretes se ha perdido el teatro con vosotros! Ningún profesional auténtico os hubiera superado. Y esa Jennie excepcional que me desconcertaba a cada segundo... ahora diciéndome que quería morir y que nadie conseguiría impedirlo, ahora sonriente y feliz visitando museos, ahora entre mis brazos haciendo el amor, después descubriendo que sabía mi identidad y las razones de mi estancia entre vosotros. Y mi cabeza convertida en un caos, mis pensamientos confundidos, mi intelecto ofuscado y escapándoseme detalles básicos como por ejemplo el de que un supuesto escritor que vivía en Bakersfield, California, no era lógico que viajase a Nueva York con un biplaza deportivo cuya matrícula estaba dada en la ciudad de los rascacielos... Pero ¿a qué desgraciado como yo no le confunden quinientos diarios, un anticipo de cinco mil, un sensacional deportivo y una supuesta enferma mental que dice y se contradice, que repite hasta la machaconería que nadie le impedirá irse en busca de su padre por la curva donde ha decidido morir? Pero tú, mi querido y canallesco amigo, no sabías lo de la foto de Catherine... Ella misma se había olvidado de un detalle tan insignificante. ¿Quién iba a imaginar que esa revista acabara en mis manos?

—La muerte de Jennie y el sentido de culpabilidad que el accidente te ha hecho contraer han trastornado por completo tu cerebro. Telly —me dijo, sereno, con una sonrisa de lástima y suficiencia al mismo tiempo. Añadiendo—: ¿No comprendes que ni Mónica ni Catherine apoyarán tu supuesta hipótesis ante un tribunal y un jurado? Te lo han confesado, sí. Pero no hay testigos... y *tú estás loco, Telly*. ¡Estás rematadamente loco! Y en plena crisis has intentado matarme, por lo cual... —extrajo una negra y pavonada automática del interior de la chaqueta, encañonándome con ella— he tenido que defenderme y, desgraciadamente, también te has ido por la curva de Jennie... *la verdadera Jennie*, la estúpida celosa que había terminado con mi paciencia y estorbaba mis proyectos y mi amor hacia Mónica, con la que pasado un tiempo prudencial voy a casarme... *la odiada Jennie, tampoco quería, pero hubo de morir*. Tú, mi viejo amigo Telly, vas a saltar por esa curva con varios proyectiles en el cuerpo.

Vi cómo el índice de su diestra se tensaba en el gatillo.

—Ése ha sido su último y peor error, Richard Balding —dijo una voz a su espalda—. ¡Tire la pistola!

Se revolvió como una bestia sádica, como lo que era, con los ojos inyectados en sangre. Acorralado. Perdido.

Vio al teniente Mathewson de la Brigada de Homicidios y a varios agentes uniformados, de la Metropolitan Pólice, encañonándole con sus armas.

Y vio a Mónica Reynolds y a Catherine Winters convenientemente esposadas.

Y a Peggy Wabash, mi secretaria, trémula, nerviosa, deseando que aquella pesadilla concluyera cuanto antes.

—No se lo voy a repetir, Balding —dijo el de Homicidios—. Suelta esa automática o lo acribillo. En mi caso sí será defensa personal y resistencia a la autoridad. Es el fin, acéptelo. Vivo o muerto, es para usted el fin.

El cañón se fue directo a su sien derecha.

El estampido. El fogonazo.

La cabeza de Richard hecha astillas, convertida en un amasijo de huesos, carne, masa encefálica... y un cuerpo que aún tuvo movilidad por espacio de varios segundos, sin cabeza que rigiese aquellos movimientos, antes de irse de bruces al suelo.

Era el fin, sí.

Le había rendido tributo a la curva donde había querido que muriese su esposa, la verdadera Jennie Stevens.

Peggy, estallando en un llanto histérico, corrió a refugiarse entre mis brazos. Sí, él...

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] En traducción libre: «La moda en Chicago» o «Moda de Chicago».
(N. del A.). < <

[2] *Shock* Negro. Traducción literal. (N. del A.). < <